

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 152 *Editorial*

JULIO-AGOSTO DE 2011



Rafael Altamira
Felipe II

Sobre don Luis A. Santullano
Javier Garcíadiego

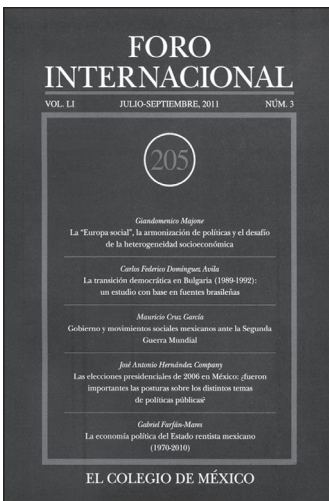
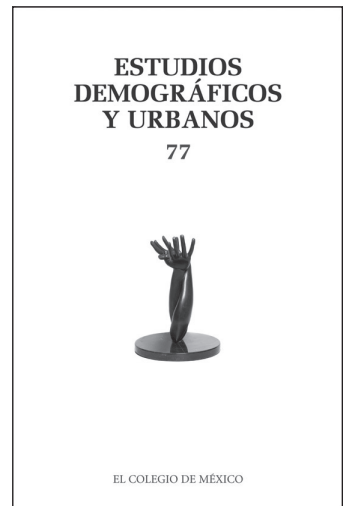
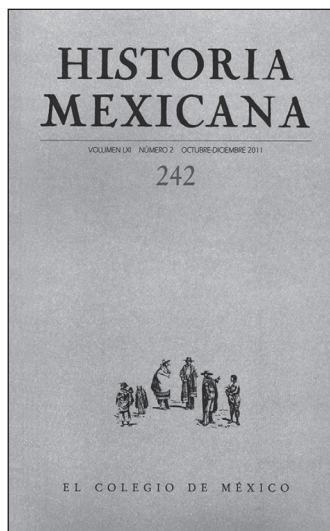
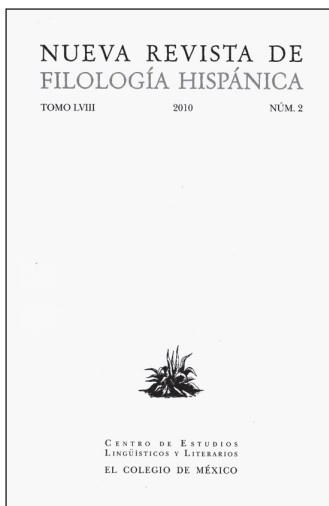
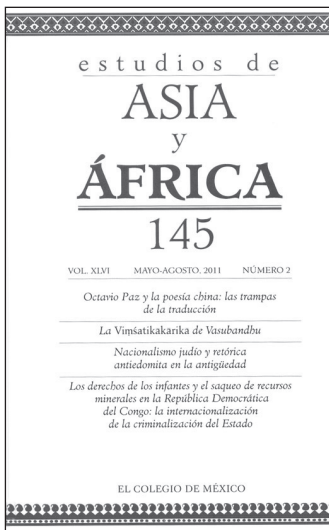
Don Rafael Altamira, Una vida y una obra ejemplares
Luis A. Santullano

La historiografía al servicio de la paz
Jaime del Arenal Fenochio

Rafael Altamira y Crevea
Proceso histórico de la historiografía humana
Fernando Serrano Migallón

Stefan George (1868-1933), *Ocho poemas*
Traducción de Jesús Cisneros

PUBLICACIONES PERIÓDICAS



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.

Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx



Í N D I C E

Felipe II

■ *Rafael Altamira* ■ 3

Sobre don Luis A. Santullano

■ *Javier Garcíadiego* ■ 7

Don Rafael Altamira

Una vida y una obra ejemplares

■ *Luis A. Santullano* ■ 9

La historiografía
al servicio de la paz

■ *Jaime del Arenal Fenochio* ■ 13

Rafael Altamira y Crevea

*Proceso histórico de la historiografía
humana*

■ *Fernando Serrano Migallón* ■ 19

Stefan George (1868-1933)

Ocho poemas

■ *Jesús Cisneros* ■ 27

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Tel. 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCÍADIEGO DANTÁN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ALVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinadora de producción* PAOLA MORÁN LEYVA ■ *Editor* JUAN PUIG
Coordinadora de promoción y ventas NINEL SALCEDO ROMERO

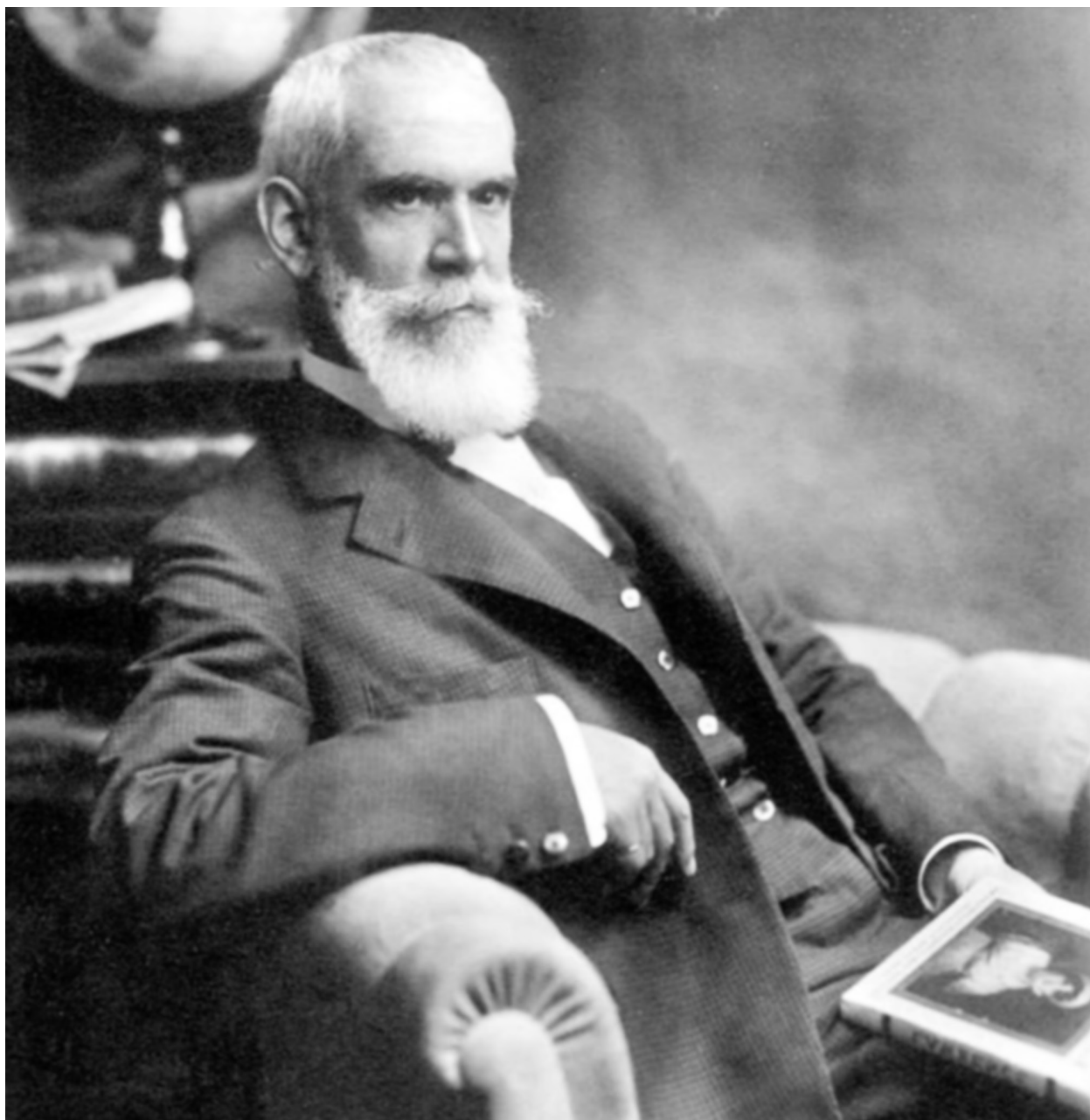
BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 152 JULIO-AGOSTO DE 2011

Impresión: Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

Formación y diseño de portada: EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.



Rafael Altamira, profesor en Oviedo.

Felipe II

Rafael Altamira y Crevea, *Felipe II hombre de Estado / su psicología general y su individualidad humana*, México, UNAM-Editorial Jus, 1950, 416 pp. (“Publicaciones del Instituto de Historia”, Primera Serie, núm. 16).

Introducción

Considerado como una figura histórica, se han cometido con Felipe II dos grandes errores. Aunque lo mismo ha ocurrido con otros personajes notables, tal vez la medida no fue nunca tan estrecha como con aquél.

Uno de esos errores es el de juzgar sus actos y su carácter con arreglo a las ideas actuales referentes a la política y a la libertad de conciencia: posición común a muchos historiadores españoles y extranjeros. Sin duda alguna, todo hombre, tanto pasado como presente, puede ser juzgado con arreglo a ese criterio; y aún cabe decir que tal es la propensión natural del espíritu humano. Forzosamente, un juicio semejante tiene como conclusión la conformidad de los actos y pensamientos del sujeto escogido con la ideología del juzgador; y así, Felipe II ha sido, y es todavía, execrado por los hombres cuyas ideas políticas y religiosas difieren sustancialmente de las de aquél; o, por el contrario, ensalzado y casi divinizado por los que siguen hoy día pensando, respecto del modo de gobernar los pueblos, en las funciones de

un rey, la moral política, y la libertad religiosa, lo mismo que pensaba Felipe.

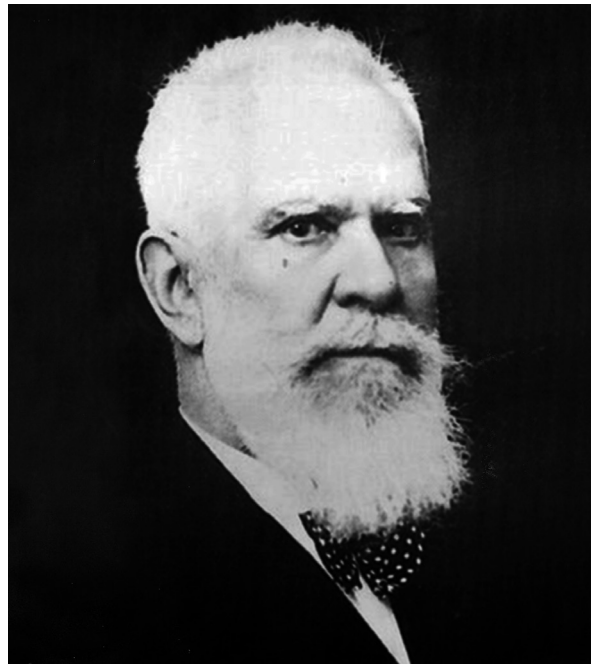
Por muy natural que sea a nuestra inteligencia y a nuestro ardor de convicciones en uno o en otro sentido, ese modo de apreciar a un personaje histórico cualquiera, puede afirmarse que es un modo absolutamente antihistórico. Su resultado es darnos una representación falsa del personaje y, sobre todo, desfigurar la Historia.

No quiere decir esto que todo juicio o calificación moral sea incompatible con la ciencia histórica. Cabe en ésta, por el contrario (y aún añadiré que es necesario a veces) una especie de juicio que conduce a cierta aprobación o desaprobación, con tal que éstas se contengan en los límites de las ideas y los problemas contemporáneos del personaje. Si, por ejemplo, se compara la manera de administrar de Felipe II (lenta y llena de indecisiones muchas veces en cuanto a la resolución concreta que en un momento determinado era requerida), con la de otros monarcas contemporáneos suyos, de esta comparación se deduce que Felipe se equivocó de tal o cual manera, y que esa equivocación le causó muchos perjuicios a él y a su patria, particularmente por tener que luchar con la rapidez de movimientos mentales y de acción que caracterizó a varios de sus rivales (Catalina de Médicis e Isabel de Inglaterra principalmente). Esa deducción crítica no extravasa el campo propio de la Historia. Pero es necesario reconocer que tal especie de juicio, propiamente histórica, ha sido menos aplicada a Felipe que la

otra antes referida. Ésta es la que casi siempre se ha impuesto a los historiadores generales y a los biógrafos.

El otro error en que han incurrido incluso los historiadores noblemente preocupados de mantenerse en el terreno histórico, es decir, en el de apreciación de las circunstancias de época o de momento, colocando la figura de Felipe en el propio marco de su ambiente social y de la ideología de su tiempo, consiste en no seguir rigurosamente el criterio escogido, sea el que fuere, y en no aplicarlo igualmente en toda ocasión y a todos los actos. No basta, en efecto, con que un autor determinado reconozca *v. gr.* Que Felipe, rey europeo del siglo XVI, era natural que fuese monarca absoluto y de sentido patrimonial, caso aparte del *tantum* y de la modalidad personal de esas concepciones y de su práctica. Para que esa caracterización representativa de época sea completa y, por ello, exacta, hace falta no olvidar que los otros reyes contemporáneos eran sustancialmente como el rey español y que, de hecho, se condujeron como él cada vez que las circunstancias políticas del país que rigieron se lo permitían, o que su astucia mayor o menor les dictaba que podían atreverse a hacerlo. Sin esa igualdad de trato basada en hechos históricos comprobados, las comparaciones que suelen hacer los historiadores (o, aun sin eso, las que surgen naturalmente del relato en que sólo se acentúa y se juzga a una de las figuras), resultarán erróneas; y eso es lo que se desprende, en general, de lo mucho que se ha escrito en el siglo XIX, y más tarde también, sobre Felipe II; incluso cuando se ha querido justificar, vindicar o explicar objetivamente y sin pasión a ese rey.

Preciso es, por tanto, que tengamos en cuenta con igualdad de medida el ambiente español y el del resto de Europa en aquella época, si queremos que resalte la comunidad de caracteres que corresponde a los gobernantes de entonces y, por tanto, a Felipe II como hombre de su tiempo. No es ello solamente una condición necesaria para colocarnos en el verdadero terreno del conocimiento histórico, sino, también, para que se nos descubran con claridad y con exactitud las notas realmente diferenciales que caracterizan la individualidad de Felipe, y en virtud de las cuales fue más o menos una personalidad especial dentro de las líneas generales y comunes. Hubo sin duda en



Rafael Altamira, profesor en Madrid.

Felipe algo excepcional en su propio tiempo; pero las características de esa excepción son, a menudo, otras que las que han solido acusar hasta hoy los más de los historiadores, y que han originado los calificativos categóricos de “Diablo de Mediodía” y otros análogos, engendrados por el olvido de la posición histórica o por la pasión partidista, y empleados para sintetizar la personalidad de aquel rey. Lo mismo cabe decir de las exageraciones en sentido contrario.

En el presente ensayo, me esfuerzo por no caer en ninguno de los dos errores mencionados. No debo congratularme de haberlo conseguido enteramente, porque confieso que no es cosa fácil: tanto nos ha acostumbrado a otros puntos de vista la tradición constante de una historiografía apologética, más o menos conscientemente, en uno o en otro sentido (es decir en contra o a favor de Felipe), y que no supo, la mayoría de las veces, contenerse en los límites de su propio campo.

Séanme concedidos, por lo menos, en descargo de las infracciones que involuntariamente haya podido cometer, el acuse claro de la exigencia que, a mi juicio, requiere un escrito como el presente, y la buena voluntad y vigilante atención que he puesto en serle fiel.

Considero necesario colocar aquí una breve historia de este libro mío, para evitar confusiones

al público que lo lea. Llevaba ya algunos años de interesarme la figura de Felipe II y tomar notas para hacer posible un estudio completo de ese rey español tan discutido, cuando en 1925 una casa editora residente entonces en París y muy considerada me pidió una biografía de aquel por quien me preocupaba desde el punto de vista de la historia de España. La aludida casa era la de Desclée de Brouwer, que preparaba entonces una colección en tres volúmenes con el título de *Hommes d'État*. Desclée deseaba que, en lo referente a mi patria, fuese Felipe II el representante adecuado en la dicha colección, y que su biografía la escribiese yo. Así lo hice, y remití mi texto a París en los comienzos de 1926. Unos días después recibí la respuesta que contenía estas dos observaciones: la primera decía que estaban satisfechos de la manera como yo había presentado al rey aludido, tal como ellos concebían para su colección a los *Hombres de Estado*; la segunda observación era que no podían publicar todo mi manuscrito, porque el número de personajes que formaban la colección exigía un número menor de páginas para cada uno de ellos. Por consiguiente, me rogaban que escogiera sólo dos capítulos de lo escrito por mí. Así lo hice, limitándome a 88 páginas con la bibliografía con que terminaba mi texto. La *tirada aparte* de él constituye un folleto de que conservo dos ejemplares, lo que tiene importancia porque la tirada debe considerarse como agotada; y lo mismo respecto de la colección entera.

En el texto, cada uno de los *Hombres de Estado* llevaba un magnífico retrato. El de Felipe II tiene la especialidad de ser diferente de todos los grabados que se conocen de aquel rey. Lo obtuve (ejemplar único, que fue reproducido, como era natural en todos los ejemplares Desclée) por la benevolencia de un amigo mío a quien yo le pedí el favor de enviarme una fotografía del Felipe II que él guardaba en su museo privado y que yo había contemplado varias veces. Accedió a mi deseo y de ahí la especialidad del retrato que también verán mis lectores en esta edición castellana completa de mi *Ensayo*. Este colaborador artístico merece que diga yo su nombre, muy conocido de una revista titulada *La España Moderna* que contribuyó ampliamente y con buen tacto en la cultura literaria y científica de la juventud española. El nombre aludido es Lázaro Galdeano. No hace muchos días

alguien me dijo aquí que este buen amigo vivía aún. Inmediatamente hice gestiones para saber si era cierta la noticia. Hasta ahora aún no he podido obtener respuesta segura.

He procurado mantenerme fiel a la dicha concepción que, por otra parte, es la que siempre me ha tentado con respecto a Felipe II; no sólo porque es la más discutida y menos estudiada a fondo (aunque a primera vista parezca lo contrario, dada la enorme literatura que a ese propósito existe) sino también porque es la que más directamente hiere la cuestión del papel jugado por España (o, para ser exactos, por sus gobernantes efectivos) en uno de los momentos más críticos de la historia de Europa. Claro es que *España y Felipe II* no son términos equivalentes, por muy español del siglo XVI (quiero decir, más hombre representativo de una parte considerable de la ideología española de entonces) que haya sido aquel rey. Pero la opinión vulgar del mundo entero los ha hecho sinónimos por lo que toca al siglo citado; y, lo que es más grave, a los tiempos presentes. Conviene, pues, saber hasta qué punto es eso verdad.

Después de lo dicho, parece ocioso añadir (y sin embargo no es inútil) que no trato en manera alguna de justificar a Felipe II; mucho menos, de defender, a base de justificación, su política nacional o internacional, como tampoco de censurarlas. En calidad de ciudadano y como jurista moderno, mi concepción del Estado, de los derechos y funciones del gobernante y de la moral política, difiere mucho de la de aquel rey; pero eso, que podría tener valor si se tratase de la pretensión de resucitar ahora la ideología exagerada, y la conducta política de Felipe II, más o menos atenuadas, nada tiene que hacer en el caso del presente estudio, reducido a *comprender* y *explicar* el carácter y la conducta de un personaje histórico.

Escribí este ensayo como ya dije en 1926 sin prejuicio alguno reflejable en el campo de la historia, procurando únicamente la mejor y más honda penetración, posibles para mí, de las condiciones en que se produjo Felipe con relación a sus problemas como rey, y a su época. Nada me preocupa el juicio que de ese modo de estudiar la vida y el carácter de aquel rey provoque en quienes la aprecian desde otros puntos de vista, dominados por preferencias políticas que miran más al presente (lo mismo si son favorables que si



Felipe II hacia 1547.




Felipe II hacia 1557.

son adversas a Felipe) que a lo que España y Europa eran en la segunda mitad del siglo XVI. Lo único que me preocuparía es no haber conseguido ser lo más científicamente objetivo¹ que cabe en Historia. Uno de los aspectos máximos de esa objetividad consiste, naturalmente, en aplicarla lo mismo a los hechos españoles (y por tanto a los de Felipe) que a los de los enemigos de ese rey y de España en el orden político y en el religioso de entonces; y también en no caer en el error contrario de la patriotería que consiste en estimar actos ajenos, de igual condición que los propios, con criterios diferentes que muestran una palmaria contradicción histórica. El esfuerzo mayor que debe hacerse en esta materia es el de superar los puntos de vista ciegamente nacionales (y no sólo los propios, sino los ajenos) y ascender a un punto de vista propiamente humano, en el doble sentido que puede tener esa palabra: el de naturaleza o condición humana, que en todas partes padece las mismas pasiones fundamentales y los mismo errores hijos de ellas, y el de apreciación de los intereses generales de la humanidad en su deseo eterno de libertad, seriedad y justicia.

¹ Ver mi definición de esta palabra tan discutida por muchos y el artículo que en 1937 publiqué en la *Revista de la Universidad de México*, acerca de la posibilidad de escribir la historia con toda ecuanimidad.

Réstame advertir que, por de contado, un ensayo como éste supone en el lector conocer previamente la biografía general de Felipe II. Necesariamente, el lector debe tenerse por advertido de esta condición, indispensable aquí. De otro modo, sería preciso dar pormenores que, inevitablemente, comprometerían y desnaturalizarían el carácter que he querido dar a este *Ensayo* y el que constituyó el fondo del propósito de la Colección de *Hombres de Estado*.

Por otra parte, es evidente que las alusiones constantes a los hechos son necesarias. Un ensayo sobre la personalidad política de Felipe II, o de cualquier otro personaje, no puede ser una disertación doctrinal, sino una comprobación del carácter, orientación y finalidad intencional de su conducta, en relación con los problemas de su vida personal y profesional. La de Felipe II parece clara, o por lo menos fácilmente explicable en algunas direcciones: principalmente en cuanto a la política interna o nacional. En cambio, ofrece en otros respectos cambios a primera vista inexplicables, y aparentes contradicciones que quizá no lo fueron en la intimidad de su espíritu. La investigación de esos cambios, y de su razón de ser dentro de la ideología de Felipe, pide una más intensa apelación a los hechos. Así lo hare, pero justamente en la medida que cada caso haga necesaria y no más. 

Sobre don Luis A. Santullano

Luis A. Santullano, en rigor Luis Álvarez de Santullano, fue uno de los exiliados españoles que dedicaron gran parte de su vida adulta a construir El Colegio de México, del que llegó a ser prefecto de disciplina y secretario. Llegó a México en 1944, a la edad de 65 años, pues había nacido en Oviedo, en 1879. Hijo de profesor de educación primaria, en su ciudad natal cursó estudios en la Escuela Normal y en la Facultad de Derecho, donde fue alumno nada menos que de don Leopoldo Alas, “Clarín”. Posteriormente fue pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, a fin de que tomara cursos de posgrado en Francia, Inglaterra, Bélgica y Suiza. Al regresar a España colaboró un par de años con Rafael Altamira, director de la sección de Primera Enseñanza en el Ministerio de Instrucción Pública, y luego como vicesecretario de la propia Junta de Ampliación de Estudios, cargo en el que se le encomendó, en 1914, fundar la sección de Segunda Enseñanza de la Residencia de Estudiantes, desde donde crearía el célebre Instituto Escuela, que dirigió hasta 1921. Por su gran experiencia como educador, al

instaurarse la Segunda República, en 1931, fue designado secretario de las Misiones Pedagógicas, las que dirigía el admirable Manuel B. Cossío, quien por su avanzada edad delegó gran parte de las labores organizativas en Santullano.


Fue primer secretario de la Embajada de España en París, y después de la derrota del gobierno y ejército republicanos partió al exilio. Radicó brevemente en Nueva York, donde enseñó literatura española en la Universidad de Columbia, en sustitución de Ángel del Río, quien tenía una licencia sabática. Pasó luego a Puerto Rico, desarrollando su labor profesional —léase profesoral— en el Instituto Politécnico de esa isla caribeña. Invitado por Alfonso Reyes —quien lo consideraba “muy antiguo y querido amigo” —por ser hombre “de preciosos antecedentes pedagógicos” y contar con muchos años “de intachable experiencia”, llegó a nuestro país en 1944 para colaborar hasta su muerte en El Colegio de México, acaecida en 1952. Durante su etapa mexicana impartió cursos de literatura española (el Romancero, Cervantes y los místicos) en la Escuela de Verano de la UNAM.

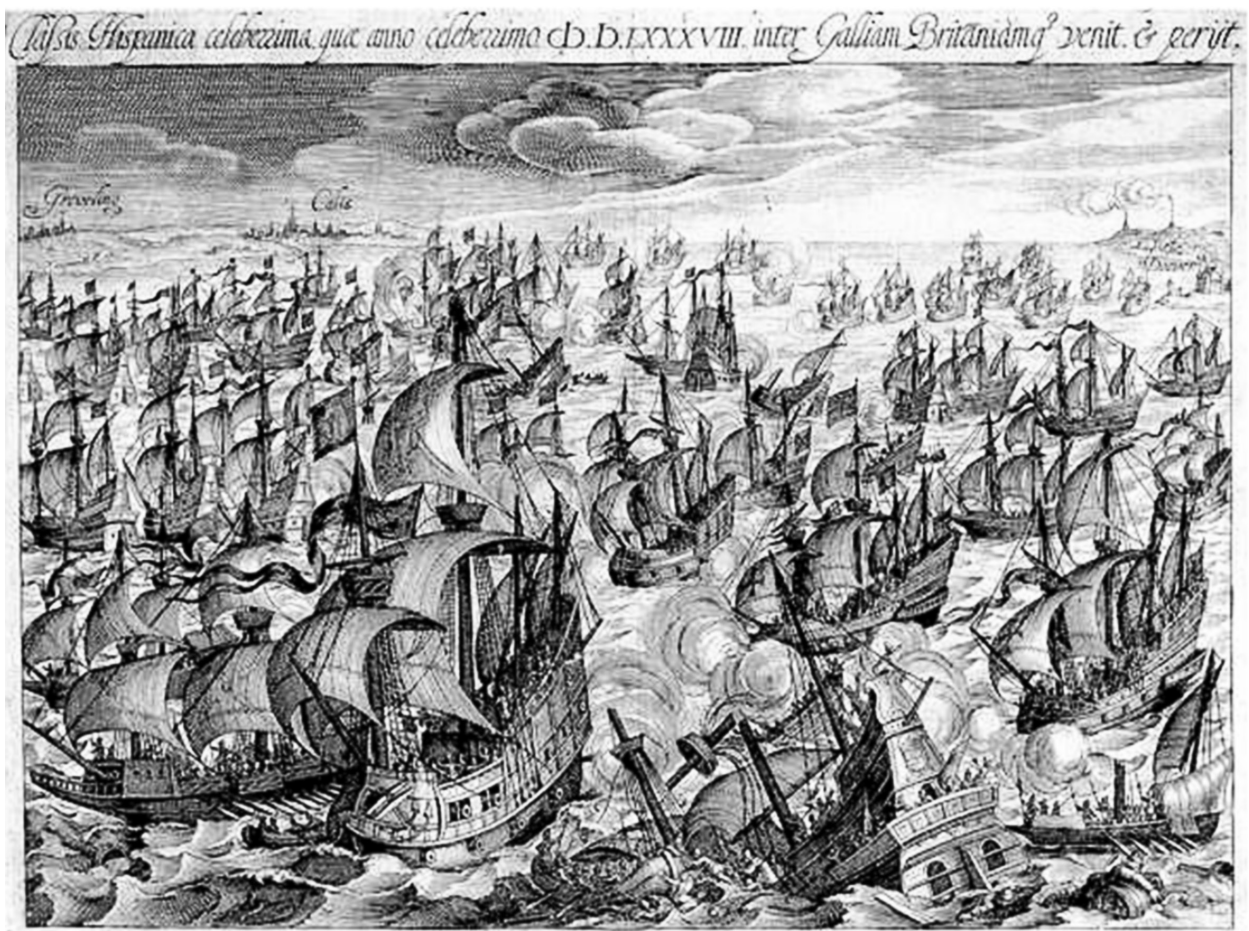
Su obra escrita puede dividirse en tres géneros o temáticas: en cuanto a creación literaria, fue autor de varias novelas, la mayoría de ellas de ambiente asturiano; fue también autor de varios estudios pedagógicos, entre los que destaca su libro *Padres, hijos y maestros. Antipedagogía*, publicado en México en

Datos provenientes del Archivo Histórico de El Colegio de México, sección Casa de España, caja 1, expedientes 13 a 15. Véanse también dos espléndidas semblanzas suyas publicadas poco después de su muerte: José Moreno Villa, “Firmeza y Sonrisa de Santullano”, en *El Nacional*, 18 de mayo de 1952, y Germán Somolinos, “El reloj de don Luis”, en *Las Españas*, año VII, núms. 23-25, abril de 1953, pp. 29-30.

1945, y la antología de su dilecto maestro, titulada *El pensamiento vivo de Cossío*, publicada al año siguiente en la Editorial Losada de Buenos Aires; finalmente, como crítico literario publicó una recopilación de *El Romancero español*, prologó y anotó las *Obras completas* de Santa Teresa para la editorial Aguilar, hizo una edición del *Quijote*, con introducción y glosario, así como una antología del propio Cervantes, titulada simplemente *Las mejores páginas del Quijote*, publicada en México en 1948 por el grupo Aguilar. A la fecha El Colegio de México prepara una antología de sus numerosísimos escritos, la que seguramente incluirá su ensayo *Mi-*

rada al Caribe. Fricción de culturas en Puerto Rico, publicado en nuestra colección *Jornadas* en 1945.

En homenaje al insigne jurista e historiador español don Rafael Altamira, muerto en México como profesor de El Colegio de México hace sesenta años, se publica esta semblanza de don Luis Santullano, colaborador de Altamira a principios del siglo xx, también exiliado y también colaborador de El Colegio de México. El texto fue publicado originalmente en la *Revista Mexicana de Cultura. Suplemento dominical de El Nacional*, núm. 219, 10 de junio de 1951. Agradecemos su recuperación al colega Adolfo Castañón. 



La Armada Invencible, grabado inglés.

Don Rafael Altamira

Una vida y una obra ejemplares*

Cuando falleció en 1915 don Francisco Giner de los Ríos, el poeta Antonio Machado, que había sido discípulo suyo en la Institución Libre de Enseñanza, le dedicó un hermoso adiós, donde se leía: “Yunque sonad; enmudeced campanas”. Así pudiéramos decir también ahora al desaparecer don Rafael Altamira, gran trabajador como su maestro Giner, obreros ejemplares uno y otro de la inteligencia.

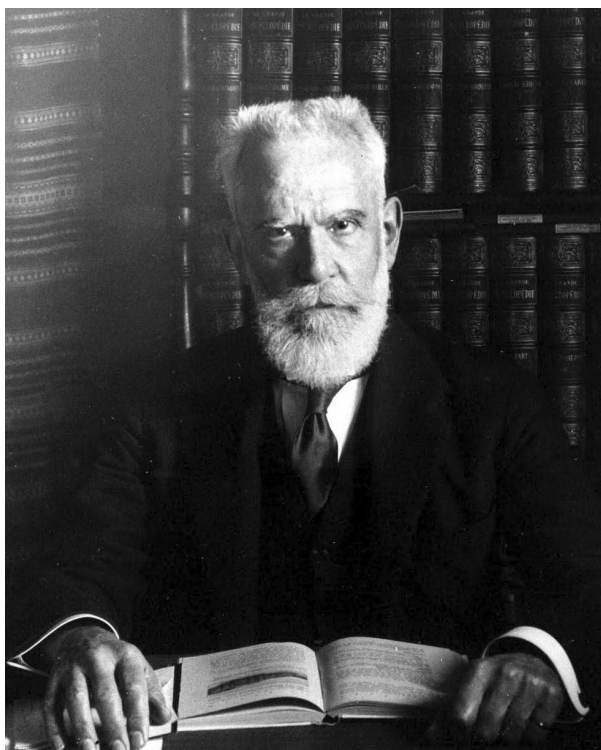
Después de sus estudios jurídicos en Valencia, Altamira recibió en Madrid, de don Francisco, el estímulo espiritual mejor para la vida. Fueron aquellos años suyos de infatigable actividad en la Universidad, en el Museo pedagógico Nacional, en el periódico republicano *La Justicia*, del que llegó a ser director.

Como buen mediterráneo, don Rafael era sensible a la luz y al paisaje, a las llamadas de la belleza. De ahí su cultivo gustoso de la literatura, en la que deja numerosos libros de cuentos, de relatos y novelas, entre ellas la titulada *Reposo* con sus impresiones de la vida y los esfuerzos de Joaquín Sorolla Costa, el gran español. Ejerció también Altamira la crítica literaria y artística, recogida esa tarea en algunos volúmenes o remansada en prólogos de exacta apreciación, así acerca de los comediógrafos

hermanos Álvarez Quintero y del malogrado novelista Juan Ochoa.

Vida rica en actividades la de don Rafael Altamira, que es difícil reflejar en un artículo. Yo he podido seguirla casi día a día desde su iniciación profesional en el año de 1897. A pesar de los treinta años, su pelo blanqueaba ya, en contraste con la barba, que no tardó en volverse también cana. Esto y las acusadas facciones hicieron que más de una vez le confundieran en sus viajes europeos con Bernard Shaw. A nosotros, sus alumnos en la Universidad de Oviedo, no dejaba de impresionarnos aquel maestro joven y ya con la seriedad y el aspecto de la madurez. Pronto, a pesar de ser menor en tiempo, alternaba con la pluma, entre los que sobresalía, no obstante la talla, la figura menuda y nerviosa de “Clarín”. Excelentísimo grupo el reunido en la Universidad asturiana: don Leopoldo Alas enseñaba derecho natural, Altamira historia del derecho, Adolfo Posada derecho político y sociología, Adolfo Buylla economía política, Aramburu derecho penal, Sela derecho internacional. Con ellos otros titulares de cátedras, así el popular don Fermín Canella, algún tiempo rector. No había en la España de entonces una coincidencia de maestros tan eminentes, cuyas lecciones y conducta ciudadana eran intachables. Pues bien, don Rafael Altamira, a pesar de la relativa mocedad, acertó a estimular aún más a los que venían trabajando seria y eficientemente. Su discurso académico de octubre de 1898, con el título “El patriotismo y la Universidad”, fue

*Suplemento dominical de *El Nacional / Al servicio de México / Revista Mexicana de Cultura*, 2ª. época, núm. 219, 10-VI-1951, dir. Guillermo Ibarra, pp. 1-2.



Rafael Altamira en Alicante.

una llamada a los compañeros de la Facultad para abrir la Universidad a las gentes de la ciudad y llevarla a la calle. La generosidad de “Clarín” respondió la primera a la noble incitación, contagiando pronto el entusiasmo a los otros maestros. Nacida así la extensión universitaria ovetense, un tiempo famosa, seguida luego en otras partes. De aquella empresa desinteresada por la cultura, que llevó sus beneficios a la región asturiana y a las provincias limítrofes de León y Santander, recuerdo las jugosas conferencias de Altamira sobre asuntos diversos: temas novedosos, según él los presentaba, sobre la civilización española, teatro de Hauptman, *Peer Gynt*, Homero...

Dirigidos por Altamira, ayudamos los alumnos a organizar, en 1905, una exposición de ediciones del Quijote, que exhibió numerosos y valiosos ejemplares, donados luego muchos de ellos a la Universidad, cuya biblioteca pudo así reunir una de las mejores colecciones de la inmortal obra cervantina. Quiere decir esta colaboración del alumnado, fuera de las aulas, que había una relación cordial entre maestros y discípulos. No nos veíamos solamente en las clases, sino también fuera de aquellas horas, en las casas y en la calle, aún más gratamente en las

excursiones al campo y a los lugares de interés artístico, aprovechando los días de asueto. Ya en los finales de la vida, siento reanimado mi agradecimiento a los bien ocupados días estudiantiles –no todo seriedad en ellos, por buena dicha– como me veo entrañablemente obligado al llorado maestro Manuel B. Cossío, fino valorador del Greco, y sentimentalmente al nunca olvidado París. ¡Cuánto repercuten los años juveniles en los días postreros! De esa manera el recorrido de la existencia individual viene a ofrecerse en unidad de presencia.

En su bibliografía y biografía Altamira reparte el desarrollo de sus muchas actividades en varias etapas. Hemos aludido a una de ellas, la de su profesorado en la Universidad de Oviedo, el que siguió análogo ejercicio de la cátedra en la de Madrid, donde tuvo algunos distinguidos alumnos hispanoamericanos, de México al historiador Silvio Zavala. De esa información suya y de mis recuerdos apuntaré varias notas, que estimo principales, ante la dificultad de registrar otras muchas que no podrían ser olvidadas en un estudio exhaustivo acerca de la personalidad de don Rafael Altamira.

Del que llama primer momento (1888-1897) anotaré, dejando otros libros, la *Historia de la propiedad comunal* –en gran aprecio tenía yo el ejemplar que don Rafael me regalara más tarde–, obra que mereció elogios de Kropotkin y de Von Gierke. Altamira trabajó en ese tiempo con Salmerón, cátedra de metafísica, con Hinojosa en investigaciones históricas, y colaboró con Fizmaurice Kelly en la preparación de la edición crítica del Quijote y en la conocida *Historia de la literatura española* del autor inglés.

Al segundo momento (1897-1900) corresponde su vida ovetense y la publicación de *Psicología del pueblo español*, libro muy comentado, y de la *Historia de España y de la civilización española* que vino a proporcionar a los estudiosos, con la doctrina y la bibliografía, una fuente moderna de información y trabajo. Esta obra, y la abundante colaboración en revistas, dieron entrada al escritor en el gremio de los intelectuales europeos; de donde vino su amistad con hombres de letras como Seignobos –a quien tuve ocasión de conocer, presentado yo por don Rafael– Lanvisse, Morel Fatio, Croce, Farinelli, Langlois, Merimée, Coelho, [Peter] Hume [Brown], Savi-lópez, Martinenche, Sheperd, Chap-



Emblema de la Inquisición española.

man y otros escritores, con los que mantenía relación epistolar o frecuentaba personalmente en los numerosos congresos Internacionales a que tuvo ocasión de asistir.

Al tercer momento (1909-1910) corresponde su viaje a América, como delegado de la Escuela asturiana, para establecer un contacto directo con las Universidades hispanoamericanas. En su viaje, que duró meses, Altamira dio no menos de trescientas conferencias en la Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Cuba, Estados Unidos norteamericanos, también en México, donde asistió a la inauguración de la Universidad y trabó cordial amistad con el maestro Justo Sierra. En México dictó varias conferencias: en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, escuela Nacional Preparatoria, en la de Artes y Oficios, Normal de Maestros, Museo Nacional de Arqueología e Historia, Ateneo de la Juventud, Academia Nacional de Ingenieros y Arquitectos, Colegio Militar de Chapultepec, en Veracruz y Mérida de Yucatán.

Durante el cuarto momento (1911-1913) Altamira es llamado en España a ocupar el cargo de Director General de Primera enseñanza, nuevo organismo técnico que se creaba en el Ministerio de

Instrucción Pública y Bellas Artes. Se quería llevar a ese puesto un profesor universitario, por lo mismo que era y es conveniente quebrantar la actual división recelosa de los tres grados docentes: primario, segundo (evitemos el término “secundario”) y superior; esta superioridad en el proceso docente, no en el empeño y la dificultad pedagógicos, pues, de valorar estimativamente las tres categorías, habríamos de otorgar la preeminencia... ¡a la escuela de párvulos!

Altamira, posesionado de su cargo, me distinguió llevándome a su lado para que le ayudara en su labor, llamada a renovar y enriquecer, en lo posible, la instrucción general y la cultura del pueblo. Años interesantes para mí aquellos unidos a don Rafael, redactando bajo sus indicaciones órdenes y decretos y atendiendo desde el Ministerio a su debido cumplimiento. Necesitaría largo espacio para reseñar la empeñosa y meritísima labor de Altamira en la Dirección General; pero baste esta leve alusión, ya que aún he de recoger otras cosas.

Estamos en el quinto momento (1914-1920). Altamira ocupa en la Universidad de Madrid la cátedra de historia de las instituciones políticas y civiles de América. Esta actividad docente le lleva a dedicar la atención a la obra colonizadora de España y su repercusión en la tierra americana. De ese período y de los períodos que siguen son sus obras *Trece años de labor docente americanista*, *La huella de España en América*, *Idea de una política actual hispano-americana* y otras publicaciones que señalaré al relacionar las *Obras completas* del escritor.

Sexto momento (1920-1936). Diríase que Altamira se aparta del camino que venía recorriendo con pie seguro; mas no fue así, pues siguió leal a las anteriores preocupaciones intelectuales y porque la nueva labor vino a coincidir con su vocación y sólida preparación jurídica. En 1919 le nombran árbitro en el Tribunal de litigios mineros de Marruecos (París), y seguidamente miembro del Comité de Juristas encargado por el Consejo de la Sociedad de Naciones de preparar un proyecto de Tribunal Permanente de Justicia Internacional (1920), para el que es designado juez en 1921. Con esta obligación alterna la de su cátedra en la Universidad Madrileña. La intervención de Altamira en la Corte jurídica radicada en Holanda –México tiene allí ahora como



Catalina de Médicis, reina de Francia.

representante al doctor Y. Fabela— se caracterizó por su participación asidua en la delicadas tareas y por la independencia de criterio en los proyectos de sentencias y consultas, especialmente en los casos en que disintía de los compañeros total o parcialmente. Completan la actividad de Altamira en La Haya y Madrid varias publicaciones de derecho internacional y sobre pacifismo, que satisfacen en el tratadista la necesidad de comunicar sus anhelos de armonía entre los pueblos del mundo.

Llegamos a la etapa final, el séptimo momento. Todavía, de 1936 a 1940, Altamira sigue en sus funciones de juez internacional. La guerra española y la guerra europea le obligan a instalarse en Bayona de Francia, donde continúa trabajando en sus libros. Una sólida caja, de un metro cuadrado aproximadamente, llenan los originales que trae consigo a México en 1945. Ya con nosotros, Altamira sigue animosamente activo, a pesar de los ochenta años; a cuya cuenta todos los meses de febrero venía a sumarse un año más que sus amigos celebrábamos con nuevas esperanzas —también con el buen whisky del doctor Acosta— ante la vigorosa naturaleza de don Rafael.

El ejemplo de laboriosidad, pocas veces igualado, que Altamira nos dejó, queda valorado en más de cien páginas de su biobibliografía, sin contar do-

cena y media de copiosos originales inéditos; pero aunque diste de ser exhaustiva interesa registrar los títulos de los quince volúmenes publicados de sus *Obras completas*, algunas de ellas aludidas ya en este artículo:

- I.- *Historia de la civilización española*
- II.- *Estudios de crítica literaria y artística*
- III.- *Cuentos de mi tierra*
- IV, V, VI.- *Constituciones vigentes de los Estados americanos*
- VII.- *Historia de la propiedad comunal*
- VIII y IX.- *Temas de historia de España*
- X.- *Últimos escritos americanistas*
- XI.- *Escritos patrióticos*
- XII.- *Colección de textos para la historia de América. Primer suplemento a las Constituciones*
- XIII.- *Programa de Historia de las instituciones políticas y civiles de América*
- XIV.- *Manual de historia de España*
- XV.- *Cuestiones modernas de historia*

En estos años de México, Altamira publicó *Manual de historia de España, Cartas de hombres, Máximas y reflexiones, Felipe II, Mi don Francisco Giner* (impreso recientemente en el Ecuador), libro que don Rafael no llegó a ver. Se halla en prensa un “Vocabulario castellano de la legislación indiana”, con un prefacio, edición mexicana que costea la generosidad de un Mecenas de las letras.

Baste mi apresurado resumen de una vida lograda para rendir el modesto homenaje de esta revista a un hombre ejemplar por su obra y su conducta civil. Altamira ha muerto en la despatriación, no en el destierro, pues en México no nos sentimos desterrados los españoles acogidos en forma noble y gentil. Hombre liberal, no podía avenirse con el régimen de coacción espiritual y ciudadana que padece España desde el año de 1939 y que, por gran desventura para la nación, va durando demasiado. Antes que acceder a reiteradas solicitudes de allá, Altamira prefirió que amparase su cuerpo la tierra mexicana en la serena paz de la muerte, como antes hicieron, igualmente dignos, Ignacio Bolívar, Blas Cabrera, Enrique Díez-Canedo, Joaquín Xirau, Domingo y Francisco Barnés, Antonio Zozaya, [Juan] Arteta, Martín Navarro, Roberto Castrovido, Gonzalo de Reparar, Fabián Vidal...✍

La historiografía al servicio de la paz ¹

A los dos años de haberse residenciado en la ciudad de México con motivo del exilio al que lo obligó la sangrienta Guerra Civil Española, y a cinco de morir en ella, Rafael Altamira y Crevea (Alicante, 1860-México, 1951) fue invitado a impartir diversos cursos tanto en El Colegio de México como en la Universidad Nacional. Los temas elegidos para ellos constituyeron oportunidades magníficas para sintetizar ideas, revisar conceptos, y presentar propuestas metodológicas y bibliográficas, amén de ser ocasión de nuevos libros; como si su larga y fructífera vida no hubiera sido suficiente para justificar dedicarse los últimos años a descansar, reeditar sus muy numerosas publicaciones, y contemplar sin sobresaltos ni inquietudes intelectuales los, por otro lado, bien difíciles tiempos que se vivían. Imposible: se trataba de uno de los más prolíficos intelectuales españoles que se dieron en la historia del siglo XX.² Altamira, en lugar de tomarse el reposo que se merecía por tantas y tan legítimas razones, no dejó de impartir nuevos cursos, preparar ediciones corregidas de sus libros, pensar en nuevas

publicaciones que trataran temas desconocidos, e indicar novedosos derroteros a sus alumnos y discípulos, principalmente en España y en el México que le ofreció asilo.

Los cursos que por esos años impartió estuvieron vinculados a dos de sus más caras aficiones académicas: la enseñanza y la escritura de la Historia, y la Historia del Derecho. En efecto, al comenzar 1947 impartió cuatro conferencias de una “Introducción a un curso sintético de historia del derecho español” en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad Nacional mexicana,³ mientras que el año anterior, entre junio y diciembre, explicó a los alumnos de El Colegio de México –fundado en 1940– un curso de “preparación para la técnica de la Historiografía humana” [no sólo política].⁴ Después de concluido éste, prometió publicar sus lecciones en forma de libro, cosa que cumplió cabalmente y con toda generosidad en 1948 cuando, bajo el sello editorial del propio Colegio, salió publicada la primera edición del presente libro.

Proceso histórico de la historiografía humana tuvo el claro propósito pedagógico de contribuir a “la formación técnica de los historiadores”⁵ (historiado-

¹ Presentación a la nueva edición de *Proceso histórico de la historiografía humana* de Rafael Altamira, 1ª ed., México, El Colegio de México, 1948, 255; nueva ed. 2011.

² No es poco lo que se ha escrito y publicado sobre la vida y obra de Altamira. Menciono únicamente las siguientes obras: *Rafael Altamira / 1866-1951*, Alicante, Instituto de Estudios “Juan Gil-Albert”, Diputación Provincial de Alicante, 1987; Javier Malagón y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea / El historiador y el hombre*, México, UNAM, 1986, y Vicente Ramos, *Rafael Altamira*, Madrid, Alfaguara, 1968.

³ Vid. *Revista de la Escuela Nacional de Jurisprudencia*, núm. 33, enero-marzo de 1947, pp. 316-318.

⁴ Rafael Altamira *Proceso histórico de la historiografía humana*. México, El Colegio de México, 1948, p. 9.

⁵ *Ídem*, p. 221. La finalidad original de las lecciones, según confiesa el autor, fueron “la formación intelectual de alumnos que desean ser historiadores o que ya lo son profesionalmente y quieren ahondar su especial cultura y estudiar intensamente



Felipe II en 1570.

res ya formados o quienes pretendían serlo), pero lo hizo sin limitarse a exponer los aspectos meramente técnicos de ese quehacer. Por el contrario, dada su “experiencia docente” de varios lustros, Altamira supo que “los hechos (actos humanos) poseen una fuerza más convincente que el razonamiento”⁶ por lo que prefirió dar a sus lecciones la forma de un relato acerca de las diversas concepciones que de la historia se han forjado las distintas épocas; es decir, señalar el “proceso histórico” de la historiografía humana. Este proceso significó, por ende, una síntesis de *relato* y de *los hechos*, donde el profesor primero expondría la “doctrina historiográfica” y después los alumnos, “por sí mismos”, verían “el proceso que durante siglos fue trazando la curva conceptual de la Historia como forma de la literatura que busca el relato y la explicación de las actividades humanas creadoras del hecho antropológico de la vida social”⁷.

Este propósito inicial del curso implicaba tanto la enseñanza del *hacer* (escribir) historia, como la de *saber* enseñarla a otros; sin embargo, una enfermedad impidió a Altamira cumplir con aquél, y hubo de modificarlo ante un público más reducido de alumnos que se interesaron ahora por “un cur-

las reglas pertenecientes a la profesión de maestros y profesores de la historia.” Este propósito le fue señalado por los directores de El Colegio (por entonces Alfonso Reyes y Silvio Zavala, su discípulo en la Universidad Central de Madrid).

⁶*Ídem*, p. 11.

⁷*Ídem*, p. 12.

so de metodología fundamental de la historiografía humana”. Para ello dividió su plan en tres secciones: “una, de doctrina metodológica sistematizada; otra, en forma histórica que habrá de presentar a los ojos de los alumnos el proceso de formación y transformación del concepto histórico; y la tercera, de bibliografía escogida, en el sentido de los libros fundamentales que hoy día sea útil conocer y estudiar.”⁸

Obviamente, un curso de estas características, a cargo de un viejo y sabio profesor, jurista de fama mundial, ex juez internacional en La Haya, historiador y pedagogo respetado, autor de centenares de publicaciones —algunas todavía inéditas— que iban recogiendo, en su momento, las más novedosas reflexiones sobre temas antaño examinados, no podía pretender ser absolutamente inédito y original. Además, se trataba de un curso sintético, realizado al final de una vida activa y rica en experiencias. Por lo mismo, Altamira hubo de hacer uso de una bibliografía propia que se remontaba a décadas atrás, principalmente de sus *Enseñanza de la Historia* (Madrid, 1891, 1895, 1935), de *Cuestiones modernas de historia* (Madrid, 1904, 1935), y *De historia y arte* (Madrid, 1898),⁹ de las que tomó varios párrafos para distintas partes que conforman el presente *Proceso*.¹⁰

⁸*Ídem*, p. 18.

⁹*Ídem*, p. 119.

¹⁰Otros libros de su pluma a los que se refiere Altamira a lo largo del presente ensayo son: *Manual de historia de España*, Madrid, 1934, 1946; *Historia de España y de la civilización española*, 1900-1910; *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*, Madrid, 1915, 3ª ed. inédita; *La civilización española en los siglos XVI, XVII y XVIII*, Buenos Aires, 1937; *Pedagogía* (¿ideario pedagógico?) Madrid, 1923; *Historia de la civilización española*, Barcelona, 1902, Londres, 1930, Madrid, 1935; *Cartas de hombres*, Madrid, 1899, México, 1937, Lisboa, 1944; *La psicología del pueblo español*, Madrid, 1899, Barcelona, 1902, 1917; *Tragedias de algunos y de todos y Elegías*, México, 1948; *Técnica de la investigación del derecho indiano*, México, 1939; *Análisis de la Recopilación de las leyes de Indias de 1680*, Buenos Aires, 1941, y *Bibliografía y biografía de Rafael Altamira y Crevea*, México, 2ª ed. 1946. También hizo mención a algunos artículos publicados en periódicos o revistas: “Grandeza espiritual del hombre”, *La Nación*, Buenos Aires, agosto de 1945; “Causas fatales de la historia”, *Revista de la Universidad de México*, octubre de 1937; “Salpicaduras de la guerra”, *La Nación*, Buenos Aires, 1945; “La legislación india como elemento de la historia de las ideas coloniales españolas”, *Revista de Historia de América*, México, 1937; “Idea y estructura de una nueva historia de la civilización española”, *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, 1945. Por último, dio cuenta de dos libros frustrados: *Mis Memorias* (inéditas) y *Tratado de metodología de la historia* (abortado expresamente por la guerra).



Isabel I de Inglaterra, la gran enemiga.

Después del prólogo, nueve capítulos seguidos de un apéndice forman el libro resultado del curso impartido en El Colegio de México. Constituyen en su mayor parte una “historia de la historia”, o mejor dicho, una “historia de la historiografía”, que parte de la exposición de unos breves “preliminares a la técnica de la historia humana”—dedicados a aclarar cuál había sido el plan desarrollado durante el curso— para detenerse en el análisis de las concepciones históricas de la Antigüedad (principalmente la de los *Prolegómenos* de Abenjalidún, verdadero precursor de la visión histórica que une lo político con lo social), de los visigodos y de los reinos cristianos peninsulares (hasta culminar con López de Ayala, Fernán Pérez de Guzmán, Pablo de Santa María y Diego de Varela); del Renacimiento, donde tuvo su origen la “doctrina de las dos historias”—la política y la “interna” o “civilización”— de la mano de Luis Vives, Bacon, los cronistas de las Indias, Páez de Castro, y de otros autores, principalmente españoles. Historiadores y metodólogos extranjeros y peninsulares del siglo XVII —de la talla de Le Moyne, Stellini, Mascardi, Lenglet, el P. Andrés, Voltaire, los abates Velli y Mably, Winckelmann, Volney, Jovellanos, Forner, Masdeu, Capmany, Mayans, Muñoz, Sempere y Guarinos, Martínez Marina, entre otros— fueron traídos a cuenta para elaborar un panorama muy

completo del desarrollo historiográfico de la centuria de las Luces donde se continuó elaborando “la idea del nuevo contenido de la *Historia*” al adoptar “el concepto que podemos llamar *democrático* de la historia, que se expresa diciendo que la historia no es de los *príncipes* (como se predicó durante muchos siglos), sino de los *pueblos*”.¹¹

El siglo XIX —con Niebuhr, Ranke, Schlosser y otros autores alemanes a la cabeza— fue el objeto de estudio del capítulo V, donde los libros de Eugenio de Tapia, Fermín Gonzalo Morón y Oliveira Martins no alcanzaron las alturas de las obras de los ingleses Macaulay, con su *Historia de Inglaterra*, y Buckle, con su *Historia de la civilización de Inglaterra*, al proponerse presentar con estas últimas una concepción más amplia de la historia frente a la tradicional historia política. Sin embargo, el proceso histórico hacia una historiografía propiamente humana hubo de tropezar en esta centuria con algunas dificultades, derivadas de “la falsa aplicación de la palabra *civilización* (...) a un estudio especial de lo que se llamaba también *historia interna*, pero limitada a las instituciones políticas y algo de la organización social”, así como de la ruptura del sentido orgánico de la historia “separándola de la *civilización* y de la *política*”.¹² Otra dificultad estribaría en la irrupción de la sociología en el campo de los saberes humanos, lo que llevó a Altamira a deslindar los objetos de estudio de la llamada física social respecto de los de la historia.

Siglo cargado de ideologías, en el XIX fue determinante, sin duda, la filosofía de Hegel, que sobreestimó el papel del Estado en la concepción misma de la historia. El Estado y sus peligros se mostrarían con toda su crudeza, empero, durante la terrible y dramática primera mitad del siglo XX. Por fortuna, Altamira pudo ser testigo de la derrota de la opción dictatorial y de su consecuencia, la historia reducida a mera *historia política*: “La derrota militar de esos Estados ha decidido el porvenir del Estado dictatorial y la exhibición de dos especies de historias humanas”,¹³ afirmó quien no ocultó su admiración por la *Historia del arte en los pueblos antiguos* de Winckelmann como modelo de historiografía com-

¹¹ *Proceso*, p. 96.

¹² *Ídem*, pp. 166 y 117.

¹³ *Ídem*, p. 11.



Carlos IX de Francia.

prometida no con lo político. La superación de la arcaica división entre la historia política y la historia de la civilización en aras de una “historia íntegra” constituye, en síntesis, la principal preocupación de Altamira,¹⁴ una vez terminada la trágica confrontación mundial, que para él comenzó no en 1939 sino en la España de 1936, guerra que amenazó la “campana en pro de la pureza científica (y pacifista) de la historiografía”.¹⁵

Hombre de profunda actualidad, testigo que había sido de la Gran Guerra, de la Guerra Civil Española y de la Segunda Guerra Mundial –apenas concluida un año atrás del curso impartido en las aulas de El Colegio de México–, Rafael Altamira se dio a la tarea de explicar lo más detenidamente posible el devenir del proceso estudiado durante el trágico siglo que vivía. Por ello “El siglo actual” constituye el capítulo más extenso e importante de su libro. Si para redactar los anteriores se sirvió de obras ya publicadas, ahora, por el contrario, se valió de sus propias experiencias, buenas y malas. El resultado resultó excepcional: casi un capítulo de memorias en las cuales el lector encontrará las causas de la profunda crisis que sufrió la historiografía europea entre 1933 y 1945. El panorama no podía ser más desolador: “No hay para qué decir que los cinco años de la Segunda Guerra

universal fueron perdidos para la cultura general y el progreso de las investigaciones históricas”,¹⁶ concluyó quien tanto había hecho por la cultura, por la historia y por la paz. Pero animado de un espíritu incapaz de cualquier desfallecimiento, consciente del papel de la civilización humana, ajeno a cualquier actitud depresiva o melancólica, y con la mirada y el esfuerzo intelectual echados hacia adelante, Altamira –en medio de un exilio que lo privaba de afectos y de sus libros– antepuso el reto a la derrota y comenzó a señalar la ruta por seguir: defender la naturaleza científica de la historia, la cooperación internacional, la reanudación de congresos y conferencias internacionales, el análisis de los hechos sociales a partir del estado que “en cada momento tuvo el pueblo; es decir, la masa de la nación no privilegiada y trabajadora”,¹⁷ y asumir otros métodos de análisis como los propuestos por la antropología espiritual y la psicología, colectiva o individual. Esta última fue particularmente objeto de la atención del sabio jurista de Alicante. Autor de una *Psicología del pueblo español* y de un proyectado ensayo sobre Felipe II como hombre de Estado,¹⁸ no resulta extraño encontrar varias páginas en este capítulo donde se revisan autores y corrientes en las cuales el elemento psicológico de pueblos o individuos se subraya como determinantes para el devenir histórico. Alexis Carrel, Freud, Croce, Malinoski, Francis Ambrière, así como los efectos de las guerras en las milicias, en las mujeres y en los refugiados, y el estudio de la literatura bélica, fueron convocados para lograr un mejor conocimiento “de las realidades psicológicas en que encontramos el cemento sólido de la historia humana, que está por encima de toda teoría historiográfica”.¹⁹

Altamira llevó a cabo el análisis de todos y cada uno de los muchos autores citados en el libro mediante la revisión puntual y actualizada –hasta donde sus condiciones de exiliado se lo permitieron– de las referencias bibliográficas relacionadas con cada uno de aquéllos. Prueba ésta, una vez más, de su evidente preocupación (y de su esfuerzo) por estar al día en el conocimiento de los temas y de los problemas tratados. No deja de sorprender, sin embargo, el escaso

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ *Ídem*, p. 171.

¹⁸ Saldría publicado en México en 1950.

¹⁹ *Proceso*, p. 185

¹⁴ *Ídem*, p. 123.

¹⁵ *Ídem*, p. 135.

papel que le asignó a Marx y la ausencia de mención a Vico.²⁰

Otros temas fueron desarrollados en los capítulos siguientes; algunos íntimamente vinculados con el papel del maestro (preconizó la importancia del *entusiasmo* tanto para la creación historiográfica como para la enseñanza de la historia),²¹ otros a las técnicas y a los conceptos historiográficos; el último capítulo fue destinado a exponer la realización de ejercicios sobre la documentación —que, con base en la *Recopilación de Leyes de Indias* de 1680, habían constituido precisamente las tareas de los alumnos en los dos últimos meses del curso impartido en El Colegio—; incluso el tema de la “literatura amena” —de la cual forma parte la novela histórica (con Scott y Pérez Galdós a la cabeza)— es vista como auxiliar de la historiografía, dadas las posibilidades que brinda para expresar la verdad imperativa de la historia “con la expresión más viva posible de su forma literaria”. A este respecto, Altamira apuntó: “No está obligado el historiador a ser seco para parecer serio. Por el contrario, el triunfo más grande de la historiografía consistiría en poder contar el trozo de proceso humano que cada autor escoge, como el novelista cuenta sus imaginaciones”.²²

Para terminar esta breve presentación a un libro que ya debe considerarse como un clásico, cabe preguntarse el porqué de este ingente esfuerzo realizado por Altamira para superar, mediante la creación, las ideas, los nuevos planteamientos metodológicos, las herramientas historiográficas, la crítica, y, sobre todo, la actitud responsable de un intelectual siempre optimista y sabio, los evidentes obstáculos que hacia 1945 su vida íntima, la de su pueblo y la de la humanidad toda encontraron una vez finalizada esa carnicería humana irracional e injusta que fue la Segunda Guerra Mundial. No puede desconocerse, para ello, la doble vocación —histórica y jurídica— de quien el mismo año de su fallecimiento fuera propuesto para obtener el Premio Nobel de la Paz. Esta vocación lo llevó a creer, ante todo, en la civilización humana, en el progreso de las instituciones y en las posibilidades de la paz. Altamira se lamentaba que otra enfermedad le hubiera impedido impartir un curso, también previsto


²⁰Dichas referencias llegan incluso hasta el año 1948, mismo año de la publicación del *Proceso*.

²¹En su primer viaje a América en 1909 y 1910 llegó a proponer la creación de una asignatura de entusiasmo en los centros formadores de maestros, ya que consideraba que, sin “*amor*”, es difícil que se formen buenos profesores en cualquiera de las etapas de la Enseñanza oficial”, *Proceso*, pp. 204 y 205.

²²*Ídem*, p. 203.

para 1946, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en el que hablaría del “pacifismo a través del conocimiento mutuo de los pueblos”.²³ Pacifismo que habría de consolidarse mediante una historiografía ajena a cualquier fanatismo, ya que, por desgracia, “el poderío de las ideas no procede de que expresen la verdad, sino de que los hombres *crean* que es *su verdad*”.²⁴ De aquí la trascendental responsabilidad del Estado y de las “minorías cultas” para educar a las “masas populares” en una “visión clara de la historia patria”.²⁵ El ejemplo triste del pasado inmediato había evidenciado hasta el extremo las consecuencias terribles de una “literatura *docente* dirigida por el Estado”, generadora de todo fanatismo y de “todos los atropellos contra los derechos de la persona humana”. El antídoto sólo podría encontrarse en unos libros —como este *Proceso* que el lector tiene hoy en sus manos— en los que “sólo se lea la verdad histórica bien conocida”.

Son esos fanatismos —afirmó— los que hay que evitar; y es el deber de los historiadores conservar la pureza de la enseñanza histórica que consiste en que no contenga más que la verdad descubierta. Mediante cuadros que contengan esa verdad con relación a los demás hombres, podrá llegarse al conocimiento mutuo de lo que cada nación posee de útil para la civilización universal; y también a la estimación, por todos, de lo que cada uno ofrece como colaboración para la obra de la paz.²⁶

Antes de fallecer, Rafael Altamira y Crevea, el sabio alicantino, el juez de la Corte Internacional de Justicia, el gran impulsor de la historia del derecho, el polígrafo incansable, y el intelectual comprometido y liberal que creyó en un derecho²⁷ y en una historiografía al servicio de la paz, tuvo la satisfacción de ver aprobada por la ONU la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, sancionada el 10 de diciembre de 1948, el mismo año que las prensas de El Colegio de México —su última casa docente— dieron a la luz la obra que hoy vuelve a publicarse. En el trasfondo, esta Declaración suponía el mejor de los caminos —si no es que el único— para conseguir esa Paz tan anhelada por un hombre que jamás desfalleció para conseguirla, no obstante las adversidades de las que hubo de ser testigo y víctima. 

²³*Ídem*, p. 187. El curso se daría a iniciativa del doctor Samuel Ramos.

²⁴*Ídem*, pp. 205 y 206.

²⁵*Ídem*, p. 205.

²⁶*Ídem*, pp. 206 y 207.

²⁷*El Derecho al servicio de la paz* es el título de uno de sus libros póstumos, publicado en México en 1954.



Carlos I y Felipe II, maestro y alumno.

Rafael Altamira y Crevea

Proceso histórico de la historiografía humana

La idea de la narración histórica en Rafael Altamira Historia del poder e historia humana

La historia es recuerdo y, por lo tanto, es siempre narrativa, es contexto y, al mismo tiempo, el sujeto en el encuentro de sí mismo; tal vez por ello, los grandes momentos históricos generan grandes narradores, tanto en las ramas literarias como en las propiamente historiográficas. Como si del encuentro con las circunstancias más férreas se generara una necesidad de recordar, de condenar el olvido y subsistir gracias a la palabra y a su mención generosa que permite remontar el sufrimiento para hacerlo mensaje legible.

Hay coincidencias, coyunturas históricas, que permiten realizar creaciones privilegiadas; tiempos de sujetos y naciones que se encuentran en circunstancias peculiares pero que, al entrar en contacto, se complementan y ensamblan diálogos que serían muy difíciles en circunstancias normales; así, la proclamación de la República Española, el posterior levantamiento militar y el exilio que siguió a la derrota se encuentran con el momento de la reconstrucción mexicana de la posrevolución; si a ello añadimos el hecho de que entre los protagonistas de ambas orillas del océano se estableció una corriente de reconocimiento, aprecio y colaboración, podemos establecer un raro momento de privilegio intelectual en la historia latinoamericana.

Por eso, bien podríamos hablar no tanto del exilio y la recepción de los españoles republicanos, sino mejor aún de las corrientes migratorias que, de origen eminentemente político, derivaron en beneficios

culturales, educativos y aun políticos para México y España.

La reedición del *Proceso histórico de la historiografía humana*, publicado por primera vez por El Colegio de México en 1948, es tanto una celebración, la del centenario de Rafael Altamira, como un testimonio de ese intercambio que modificó el rostro del México contemporáneo y mantuvo vivo el pensamiento liberal español en los años más oscuros de la dictadura.

Rafael Altamira y Crevea es uno de los protagonistas de este encuentro que nadie habría deseado así y que, sin embargo, muchos hemos agradecido durante generaciones. Fue muchas cosas a lo largo de su vida, muchas disímbolas, otras complementarias; fue hombre de dos continentes, el de su nacimiento y el de su muerte; fue hombre de muchas culturas, pero sobre todo, sobre cualesquiera otras cosas, Altamira fue un hombre del Mediterráneo, si entendemos, como Lebrun, que el carácter mediterráneo es el llamado a superar su propia frontera y a elevarse sobre sí mismo para construir su carácter con el depósito ancestral de otras civilizaciones. Ser mediterráneo es, entonces, asumirse como parte de un universo de mezclas, de combinaciones no siempre racionales y no siempre lógicas, es guardar la melancolía muy honda pero tener siempre la mira puesta en otros horizontes.

Altamira nació en Alicante y estudió en Valencia. Así, rodeado de mar y de puertas abiertas, se convirtió en uno de los intelectuales más comprometidos



La Armada Invencible: el desastre.

con la inteligencia y la educación en su patria y su cultura. Quien invoca el nombre de don Rafael llama al historiador, al jurista, al pedagogo, al americanista, al escritor y al literato, en otras palabras al que fuera, tal vez, uno de los últimos humanistas universales de la cultura española.

Mucho de la altura de su pensamiento se debe a que lo construyó sostenido por algunas de las inteligencias más preclaras de la generación que lo antecedió: Francisco Giner de los Ríos, Manuel Bartolomé Cossío, Gumersindo de Azcárate y Nicolás Salmerón; también por las instituciones a las que sirvió, como la Sociedad de las Naciones, la Real Academia de la Historia y, sobre todo, la Institución Libre de Enseñanza.

Resulta sumamente paradójico que, apenas nacida la República, en 1933, fuera propuesto para el Premio Nobel de la Paz por sus esfuerzos contra el belicismo: paradójico porque contribuyó a construir la República como un sueño de paz y concordia en la democracia, y que fuera justamente él uno de los que tuvieran que pagar con su ausencia la ambición bélica y el primado de la fuerza.

Altamira, por su parte, fue también uno de los principales amigos del exilio mexicano de la Revolución en las décadas de 1910 y 1920; entre los personajes con los que trabó particular relación estaba

Alfonso Reyes, con el que lo unió una amistad entrañable basada en temas comunes y también en momentos existenciales sumamente difíciles.

Alfonso Reyes, cuyos años más aciagos lo habían llevado de París a Madrid, en donde, privado de toda ayuda desde México, declararía haber vivido la austeridad en la alegría más intensa de vivir de la pluma, del trabajo intelectual, veía en Altamira, como en Ignacio Bolívar y Menéndez Pidal, a uno de los principales pilares de la educación universitaria en España. En sus primeros años de vida madrileña no duda en reconocerlo así en los rotativos, como una especie de tributo a una amistad que ya iba fortaleciéndose.¹ Altamira y Reyes comienzan su larga y profunda amistad intelectual en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, donde Altamira dirigía una de sus secciones; ambos se habían conocido en 1910, en uno de los periplos que el español realizó en tierras americanas; de su encuentro y relación Reyes hablaría en 1955, al hacer el recuento de su vida, en un capítulo al que denominó “Los días heroicos”:

Don Rafael Altamira, a quien yo conocía desde México (1910), me invitó a visitarlo en cuanto supo de mi llegada

¹Reyes, Alfonso, “La crisis de la Universidad Española”, en *Obra completa*, tomo III, México, FCE, 1995, p. 351.

a España; pero no creyó oportuno presentarme, como yo se lo pedía, con don Francisco Giner de los Ríos —quien acaso me hubiera ayudado a encontrar más pronto mi camino—, porque, según me explicó, el ilustre anciano estaba ya muy cansado y achacoso. Yo creo que don Rafael nunca comprendió bien mi situación en España y las razones de mi viaje, pues cuando, poco después, nos cruzábamos en el Centro de Estudios Históricos, siempre me decía: “¿Usted por aquí? En su tierra es donde hace falta la gente como usted.” Él no podía figurarse el dolor que me causaba con eso. Muchos años más tarde tuve el gusto de verlo otra vez en México, adonde volvió con los refugiados republicanos, y aquí murió rodeado del respeto que merecía. Trabajó hasta el último instante con ardor ejemplar. No se daba a partido, y cuando sus compatriotas se quejaban, solía decir, con tono zumbón, peinando sus barbas de octogenario: “Muy mal anda el mundo. La verdad es que vamos a tener una vejez muy triste.”²

La reedición que ahora ofrece El Colegio de México constituyó originalmente parte de la colaboración que don Rafael prestó a La Casa de España y, en su momento, a El Colegio. Quien rebusque con precisión y empeño, tal vez encuentre algunas muestras del oro viejo de la memoria, pero hay que advertir que en realidad se trata de un documento fieramente formal sobre sus ideas del modelo de escritura de la historia, y que sólo por el tono general y por el propio concepto de la historia se podrá hallar alguna nota que delate el momento y la circunstancia en que tal libro se gestó y fue dado a la imprenta. Sin embargo, es precisamente ese pesar sobre el mundo acabado que renace en la esperanza, tardía si se quiere, toda vez que Altamira rozaba los ochenta cuando llegó a México, que lo lleva a construir la idea de la historia como narración civilizatoria, lejos de la historia exclusivamente política, es decir, la oficial, la monumental, para aventurarse por la senda de la historia de las mentalidades, de la cultura y de las expresiones.

Debe tomarse en cuenta que el Altamira que escribe *El proceso histórico de la historiografía humana* es ya un hombre en la plenitud de su madurez reflexiva, con razones para estar desencantado, pero cuya razón y necesidad de saber superan con mucho el dolor y la incompreensión; parece urgente para Altamira descifrar las claves no de su derrota personal, o de la República, sino la de la civilización humanís-

²Reyes, Alfonso. “Los días heroicos.” En “Historia documental de mis libros”, *Obra completa*, tomo XXIV, México, FCE, 1990, pp. 189-190.



Felipe II en 1565.

tica frente a la barbarie que ostentaba el poder del Estado como una entidad en sí misma, suficiente para explicar y dominar cualquier parte del enorme espectro de la vida humana. Así, al referirse a la técnica historiográfica de la narración del pasado, decía:

Esa relación consiste en el hecho de que la mencionada “técnica” no puede ser otra que la que corresponde al concepto que hoy día poseen los historiadores en punto al contenido de la vida de los pueblos que es preciso conocer para estructurar un relato que comprenda, totalmente, las actividades humanas en la fase que llamamos la “civilización”, ya que ha desaparecido para todo el mundo aquella dualidad que durante muchos siglos se empeñó en no admitir otra clase de “historia humana” que la política (es decir, del Estado), dejando aparte todo lo demás que comprende, precisamente el proceso de la cultura y del dinamismo social que ha trabajado siempre por la realización de las necesidades humanas, que no son solamente las del organismo político.³

³Altamira y Crevea, Rafael. Prólogo a *El proceso histórico de la historiografía humana*, México, El Colegio de México, 1948, p. 9.

Porque, como intelectual maduro y como hombre que ha visto el mundo, midiendo sus pasiones y sus genialidades, Altamira había ya superado el lindero del dolor personal para ver en los hechos históricos metáforas de la condición humana en constante adaptación al momento y a las circunstancias; ha perdido, pues, el prejuicio común que consiste en creer que la historia está dirigida desde lo alto y desde fuera de lo humano, hacia un fin siempre mejor: Altamira ve en la historia lo contrario, un camino siempre por hacer, pero siempre dotado de contradicciones que confirman su carácter humano y que lo convierten en un drama, digamos, en el más clásico de los sentidos. A final de cuentas, ese enfrentamiento entre la historia política —a la que, erróneamente, Altamira da por exterminada— y la historia de la cultura y la civilización —que evolucionaría hasta las formas contemporáneas de mentalidades, que sin duda lo habrían apasionado—, es en realidad un reflejo del auténtico desgajamiento cósmico que representó el enfrentamiento entre la libertad, la democracia y el individuo, frente al dogmatismo, el totalitarismo y el Estado; en sus propias palabras:

La manifestación intelectual de este intento en los tiempos modernos la representó Hegel (1770-1831), cuya doctrina aún defendían, en los comienzos del siglo actual (recuérdese el ejemplo de los dos Congresos de Ciencias Históricas que se celebraron en Roma, 1903 y Berlín, 1908), no pocos historiadores. El arraigo que poseían estas ideas (contra las cuales ya se había pronunciado otro alemán, Savigny, y su Escuela, contemporáneos de Hegel), refloreó, en la forma práctica del régimen gubernativo, por el empuje de los estados totalitarios creadores de la gran guerra de 1939-1945. La derrota militar de esos Estados ha decidido plenamente el porvenir del Estado dictatorial y la exhibición de dos especies de Historias humanas.⁴

No pueden perderse de vista, por otro lado, dos elementos que dan todavía una mayor dimensión humana al documento; por una parte, el hecho de tratarse de sus propios apuntes de clase y reflexiones compartidas con sus estudiantes sobre su propia visión de la historia, y el hecho también de que se trata, como bien lo sabía el autor, de uno de sus últimos trabajos, pues la muerte habría de alcanzarlo en 1951, apenas tres años después de publicado este libro.

⁴Altamira y Crevea, Rafael, *op. cit.*, pp. 10-11.



La Matanza de San Bartolomé.

En cierta forma, este testamento intelectual constituye la última gran lección de Altamira, sobre todo desde el punto de vista de que es totalizadora de su saber histórico y dinamizadora de su aspecto intelectual y su fibra vivencial. Altamira recorrió la parte más dramática de la historia de España y vino a América a reflexionar sobre ella no como quien viene de lejos a depositar un conocimiento lejano o ajeno, sino como quien continúa, en otra parcela del mismo espacio histórico y cultural, sus reflexiones sobre su propio ser cultural. En esto se hermana con los intelectuales americanos que lo habían recibido como maestro y amigo, en su creencia de la universalidad del carácter iberoamericano:

Ahora bien, la aceptación de ese concepto moderno y su comprensión no tienen mejor camino de producirse que en el relato de la formación de aquel hecho desde la aparición de la Historiografía humana, cuyo punto de partida fué, para nosotros los occidentales europeos y americanos, la cultura griega, seguida inmediatamente por la romana.⁵

⁵*Idem.*



Y es que, desde luego, éstas no eran preocupaciones exclusivas de los españoles o de los republicanos, ni siquiera de Altamira en lo particular, sino también el pulso de su tiempo, una época contradictoria y presa del dolor y la culpa. Se puede observar cómo Alfonso Reyes, en su ensayo “Pro domo sua”, toca los mismos temas, también desde el punto de vista del exiliado y también sobre los extremos que preocupaban a don Rafael:

—Ya usted sabe —me dijo— que toda la filología clásica germánica fue impulsada por una inmediata utilidad, la edificación del Estado Germánico.

Yo no quise ser descortés. ¿Cómo voy yo a saber eso, si es un embuste, y un embuste dañino? Si tal absurdo fuera verdad, la filología clásica germánica no valdría un cacahuete, y además, quedarían justificadas todas las presiones oficiales que se ejercen para esclavizar a la inteligencia. Con todo, sonreí y le dije:

—Sí, yo también me traigo mis intenciones secretas de convertir a mi México en una nueva Atenas.

A lo que nada pudo ya contestarme. Entonces, me atreví a decirle:

—“Grecia” es un modo de hablar, es un lenguaje cuya ventaja es ser universalmente comprensible y, además, el encontrarse, como un común denominador, en la base de todos nuestros lenguajes de cultura. Mi “Grecia” soy yo. Cuando tenga usted tiempo, relea mi ensayito sobre “La

estrategia del gaucha Aquiles” (*Junta de sombras*), y verá qué cerca me anda Grecia, sin necesidad de abandonar nuestras latitudes; o asómese a mi *Ifigenia cruel* que es, casi, una íntima confesión, aunque revestida en símbolos helénicos, para poder ser más sincera, siendo todavía pudorosa.⁶

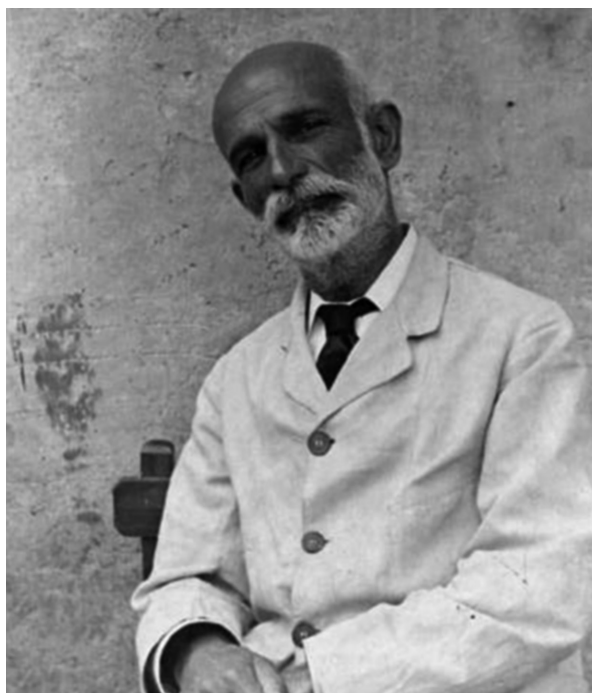
Con todo, la presencia de ánimo de Altamira y su visión global de la historia le permiten remontar la dicotomía entre historia humana e historia política hasta la Edad Media, y siempre en la medida en que los historiadores se han propuesto servir al poder para justificarlo y para explicarlo dotándolo de legitimidad ante sí mismos, ante otros poderes fácticos y ante otros Estados; para el alicantino, el siglo xv constituye una de las primeras cumbres de la historiografía española, sobre todo por el impulso literario que venía tomando la entonces todavía joven lengua castellana y su hermana la catalana, pero no deja de mencionar cómo, en su tiempo, las necesidades de la Reconquista y de las pretensiones de las nuevas casas reinantes gobernaron también las narraciones históricas.

Así se preparó la notable historiografía del siglo xv la mejor de todas en nuestra Edad Media, cuyos autores más relevantes fueron López de Ayala, Fernán Pérez de Guzmán, Pablo de Santa María y Diego de Valera. Sin embargo de las mejoras alcanzadas, estos autores no sobrepasaron la concepción de la historia política. En sus obras se refleja el carácter bullicioso y violento del siglo, durante el cual la política llega a la misma poesía de tono popular, como las “Coplas de Mingo Revulgo”. El cambio de posición fue obra del siglo xvi, como veremos en seguida; y no sólo en España sino en otros países.⁷

Altamira puede ver así que la dicotomía fundamental de la historia, poder y civilización, tuvo su primer estallido con dos movimientos de liberación espiritual que reaccionan contra la fuerza monolítica de los monarcas medievales y también sobre la capacidad omnimoda de la Iglesia y el papado: el Renacimiento y la Reforma protestante. Dicho de otro modo, para el historiador hay una relación evidente entre el grado de libertad intelectual y espiritual de que dispone el historiador, para que pueda permitirse la cercanía con temas que exceden las simples narraciones del poder y desde el poder; observa ese

⁶Reyes, Alfonso, “Pro domo sua”, en *Anecdotario* (1922-1959), México, FCE, 1994, p. 320.

⁷Altamira y Crevea, Rafael, *op. cit.*, p. 63.



Francisco Giner de los Ríos, el maestro.

movimiento de liberación humana en Luis Vives, Páez de Castro –que curiosamente era el cronista de Carlos I–, Bodin en Francia, Baltasar de Céspedes, Cabrera de Córdoba y en Inglaterra, Bacon.⁸ Resulta claro que este movimiento no puede presentarse de cuerpo entero en un primer momento y que nace como una especie de malestar respecto de las historias oficiales y como un intento de liberar las narrativas históricas, pero que en su instante no alcanza a proponerse como una nueva forma de historiar sino como un enriquecimiento de la historia política; así, Vives, como en otros temas, resulta revolucionario, pero en historia no alcanza él mismo a percibirlo tal vez a causa de las limitaciones metodológicas a las que su tiempo y su circunstancia lo sometían:

Luis Vives dijo que la Historia no debería detenerse en el relato de las guerras y de las batallas, sino ocuparse principalmente en las relaciones de la vida civil o humana. Nótese que Vives no parece querer añadir una nueva clase de historia aparte de la política, sino enriquecer esta dirección tradicional con una nueva materia y hacer de ésta (es decir, de la civilización *lato sensu*, que es su idea dominante aunque no emplee esa palabra) lo principal del relato humano.⁹

⁸*Ibid.*, p. 69.

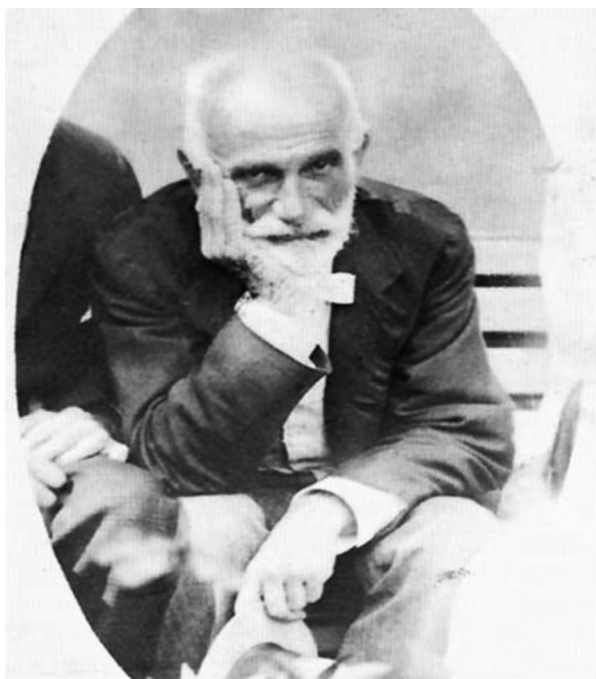
⁹*Ibid.*, p. 72.

Un paso adelante lo daría Bacon, aún sin llegar a la autonomía del relato humanista civilizatorio; pero al contrario de Vives, destaca Altamira, el inglés sí divide las narraciones históricas de acuerdo con su naturaleza: sagrada o eclesiástica, civil o política y, aquí su descubrimiento, la de las letras y las ciencias. Y es entre estos dos últimos, el del enriquecimiento del término “civil” y la nueva narración cultural, donde encuentra Bacon el espacio para insertar una cuña intelectual sobre la cual comenzar una genealogía de historiadores e historiógrafos, en el sentido de ser narradores de la cultura y la identidad de los pueblos y no sólo panegiristas del poder en turno:

Aunque el concepto de esta última como historia de las ideas y del progreso es muy completo en Bacon, parece que lo concibe como “cosa aparte de la historia civil”, con la cual no la une para completar el más amplio concepto de civilización que, forzosamente, está en el fondo de la palabra civil. Algo más decidido se muestra Bacon en otro pasaje de su libro principal antes citado (*Instauratio magna*), donde habla de una historia civil mixta que comprende los hechos políticos, la geografía, las producciones, las historias de ciudades, las costumbres, el clima, etc., “género de historia –añade Bacon– o más bien de ciencia (¿quiere esto decir que el autor no cree que la Historia es ciencia?), del cual hemos de felicitar a nuestro siglo”. Estas últimas palabras expresan claramente que Bacon consideraba que la nueva historiográfica era una idea completamente aceptada por los hombres cultos de su tiempo.¹⁰

Una aportación significativa a la liberación de la metodología de la historia, de la construcción de la historiografía de la civilización, será la irrupción de América en el mundo occidental; dicho de otro modo, la sensibilidad y hasta el pasmo de los primeros europeos presentes en el Nuevo Continente los haría sobrepasar los límites de su encargo como cronistas y aun como testigos, para llevarlos al conocimiento de las civilizaciones con quienes se encontraron, su descripción y la narración de sus propias historias vernáculas y la natural comparación con la civilización occidental. De este modo, para Altamira, como para Reyes o para Octavio Paz y en su momento Justo Sierra, entre otros, la presencia del mundo americano sería una revaloración de lo occidental puesto frente al extraño, espejo del otro, y se constituiría, a partir de entonces y hasta nuestros días, como un frente crítico puesto para combatir

¹⁰*Ibid.*, p. 73.



Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza.

los excesos e intolerancias de la vieja Europa. Esto es, hay una presencia de la historia natural de cierta inocencia en las culturas recién descubiertas que no sólo excita la imaginación y la curiosidad de los europeos, sino también una denuncia sobre las desviaciones del poder y sobre la minimización de los individuos frente a la fuerza del Estado, lo que queda de manifiesto ante la presencia de otras civilizaciones que nacieron y prosperaron lejos de las fuentes culturales occidentales hasta entonces conocidas.

Si los cronistas que vinieron, o se improvisaron en América, hubieran permanecido en Europa, es posible que, más que a las costumbres humanas y otros aspectos sociales, hubieran historiado la vida política de su patria o de otros países. Pero en América se les impusieron, juntamente, la Naturaleza y la actividad múltiple de especies humanas antes desconocidas. Unos —los propiamente cronistas— recogieron todos los materiales que su vista y oído les proporcionaron; y otros, los especialistas geógrafos, botánicos, zoólogos, mineralógicos, marinos, etc., particularizaron sus escritos en estas varias ramas de la ciencia que les ofrecieron cosas nunca contempladas, así como les plantearon problemas que nunca antes sospecharon. Así cada cual en su esfera, escribió relatos y descripciones propiamente de historia de la civilización, que era la especie perseguida por los metodólogos e historiadores de Europa.¹¹

¹¹ *Ibid.*, p. 77.

Había nacido así, en el horizonte intelectual de occidente, la idea y la necesidad de narrar el pasado desde otra óptica, fuera del poder y sin necesidad de juzgarlo o de considerarlo el producto natural de cada civilización; simplificaciones comunes, lugares comunes y aun sinsentidos culturales arraigados, como el adagio que reza “cada pueblo tiene el gobierno que se merece”, pierden sentido cuando se alcanza a estudiar incluso al poder como una manifestación cultural y como parte del entorno creativo de los pueblos. A partir de los siglos XVI y XVII, particularmente en el XIX, todo será batallar entre ambas formas de ver la historia y, si bien es cierto que en especial la Segunda Guerra Mundial y, claro que para Altamira, la insurrección militar española, darían la razón última a la historia de las ideas, de las mentalidades y de la cultura, exhibiendo las perversidades de la manipulación histórica del poder, ello no terminó con esa tendencia arraigada en nuestra propia concepción cultural de la narrativa histórica —ya se sabe, “la historia la escriben los vencedores”—, pero sí ha permitido que, en la medida en que la historia política se vaya retrayendo y atrasando todavía hasta nuestros días, otros mecanismos, otras narrativas y otros métodos que asombrarían al aventurero intelectual que fue Altamira nos ofrecen hoy rutas nuevas y muy fructíferas sobre las cuales crear narrativas de la cultura y el lenguaje antes no imaginables.

Sin embargo, le quedaron dos puntos a Altamira que señaló pero que no alcanza a culminar. El primero —que todavía hoy llega a dirimirse— es sobre la cientificidad de la narración histórica, es decir, del carácter de la historia como ciencia, tema que desde luego todavía puede ser discutido, sobre todo en estos tiempos en que revisamos la cientificidad completa de los términos de la humanística, como sucede con el derecho, por ejemplo. Por otra parte, el tema de la objetividad de la narración histórica y del historiógrafo como entidad imparcial. Desde luego que Altamira se pronuncia por el mayor grado de imparcialidad posible, pero también sabe que no se le puede exigir del todo algo así al narrador, que también es humano y parte del fenómeno que está historiando. Hoy, autores como Kosellek siguen ahondando sobre el tema y tal vez no le sorprendería a



Felipe II hacia 1560.



Felipe II hacia 1565.


Altamira que algunos de sus argumentos, a más de cincuenta años, sigan siendo fundamentales para la discusión. Obsérvese a Koselleck:

El investigador que admita que su investigación está guiada por intereses ha de asumir que el propio conocimiento que produce podría ser bloqueado por esos mismos intereses. Únicamente señalaré que la prestigiosa historiografía crítica alemana del siglo XIX se propuso investigar nada menos que una historia (Geschichte) milenaria del pueblo alemán, un pueblo que acababa de constituirse en ese mismo siglo. La ciencia no nos protege contra el error. Con todo, la ciencia sí nos permite al menos construir barreras metodológicas (methodische Hemmschwellen) que impiden los juicios precipitados. Este umbral de contención (Differenzbestimmung) entre lenguaje y acontecimiento (Geschichte) contiene siempre más o menos que aquello que se dice acerca de ella por medio del lenguaje, así como el lenguaje expresa siempre más o menos cosas de las que contiene la historia real.¹²

Tal vez fueran estas medidas de contención contra la barbarie lo que Altamira no pudo encontrar en la España del final de sus tiempos; es probable también que ese segundo aire en la creatividad y crítica del alicantino fuera posible sólo en América, que los nuevos horizontes, la comprensión y afecto de quienes lo recibieron y la curiosidad renovada de sus discípulos americanos le dieran material para una reflexión totalizadora de sus ideas; en última instan-

cia, somos nosotros los beneficiarios de esta terrible coyuntura, no nos queda sino la enorme paradoja que vivieron Altamira y Alfonso Reyes, cada uno en su tiempo y cada uno creando en nación extranjera, sabiendo siempre que donde más falta hacían entonces era justo donde no podían estar.

Rafael de Altamira, un caso más, similar en lo general a todos, pero al mismo tiempo un caso único, quizá como lo son todos cuando vemos sus características particulares: había estado en México en 1910, asistió a la fundación de la Universidad Nacional, fue uno de sus primeros doctores honoris causa y dictó una serie de conferencias en la entonces Escuela Nacional de Jurisprudencia, lo que lo hizo volver a España con una nueva visión del mundo y de su disciplina. Volvería a México en medio del exilio republicano español a quedarse, ahora para siempre, pese a que en uno de sus últimos textos se lamentaba de su destino de exiliado de por vida: pues si el fin de la Segunda Guerra Mundial auguraba quizás, para él y para sus compañeros, el final de la dictadura española, esto abriría para ellos otro nuevo exilio, acaso más doloroso y desgarrador que el primero que los hizo salir de España, y que sería el volver a su tierra y padecer la ausencia de México.

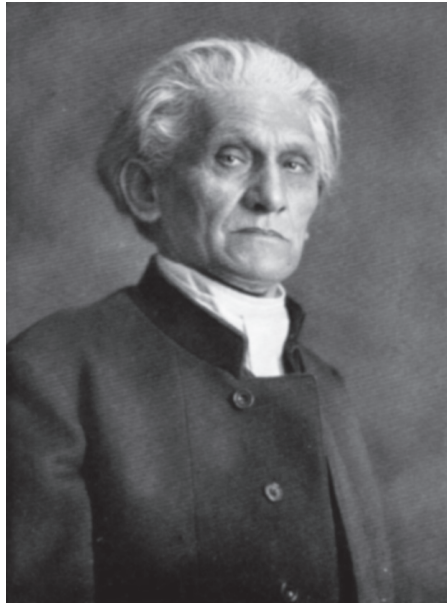
El Colegio de México vuelve sobre los pasos de uno de sus maestros más señalados. Celebremos, pues, ese esfuerzo, sobre todo porque necesitamos, como pocas veces, luces sobre nuestra identidad para, una vez más, soñar un futuro mejor para todos. 

¹²Koselleck, Reinhart, "Historia de los conceptos y conceptos de la historia", en *Ayer / Revista de historia contemporánea*, Asociación de Historia Contemporánea, Marcial Pons, Madrid, Ediciones de Historia, 2004, núm. 1, 2004, p. 45.

J E S Ú S C I S N E R O S
Traducción

Stefan George (1868-1933)

Ocho poemas



Stefan George, autoexiliado en Suiza en 1933 para evitar que los nazis utilizaran su figura y su obra de propaganda

1.

Komm in den totgesagten park und schau:
Der schimmer ferner lächender gestade •
Der reinen wolken unverhofftes blau
Erherllt die weiher und die bunten pfade.

Dort nimm das tiefe gelb • das weihe grau
Von birken und von buchs • der wind ist lau •
Die späten rosen welkten noch nicht ganz •
Erlese küsse sie und flicht den kranz .

Vergiss auch diese letzten astern nicht •
Den purpur um die ranken wilder reben •
Und auch was übrig blieb von grünem leben
Verbinde leicht im herbstlichen gesicht.

Ven al parque que decían muerto y mira:
Lejanas costas sonrén y brillan •
El imprevisto azul de limpias nubes
Llena de colores lagos y caminos

Toma el gris suave • el amarillo oscuro
Del abedul y el boj • el viento es tibio •
No se marchitan aún las últimas rosas •
Elige bésalas y teje una guirnalda

No olvides el púrpura en los zarcillos •
De vid silvestre, ni este último amelo •
Y lo que reste de la verde vida
Ponlo gentilmente en el rostro otoñal

2.

PORTA NIGRA
INGENIO ALF: SCOLARI

Dass ich zu eurer zeit erwachen musste
Der ich die pracht der Treverstadt gekannt
Da sie den ruhm der schwester Roma teilte •
Da auge glühend gross die züge traf
Der klirrenden legionen • in der rennbahn
Die blonden Franken die mit löwen stritten •
Die tuben vor palästen und den Gott
Augustus purpurn auf dem goldnen wagen!

Hier zog die Mosel zwischen heitren villen . .
O welch ein taumel klang beim fest des weines!
Die mädchen trugen urnen lebenschwellend –
Kaum kenn ich diese trümmer • an den resten
Der kaiserlichen mauern leckt der nebel •
Entwifht in särgen liegen heilige bilder •
Daneben hingewühlt barbarenhöhlen . .
Nur aufrecht steht noch mein geliebtes tor!

Im schwarzen flor der zeiten doch voll stolz
Wirft es aus hundert fenstern die verachtung
Auf eure schlechten hütten (reisst es ein
Was euch so dauernd höhnt!) auf eure menschen:
Die fürsten priester knechte gleicher art
Gedunsne larven mit erloschnen blicken
Und frauen die ein sklav zu feil befände –
Was gelten alle dinge die ihr rühmet:

Das edelste ging euch verloren: blut . .
Wir schatten atmen kräftiger! lebendige
Gespenster! lacht der knabe Manlius . .
Er möchte über euch kein zepter schwingen
Der sich des niedrigsten erwerbs beflissen
Den ihr zu nennen scheut — ich ging gesalbt
Mit persendüften um dies nächtige tor
Und gab mich preis den söldern der Cäsaren!

PORTA NIGRA
INGENIO ALF: SCOLARI

¿Por qué tuve que despertar en su tiempo?
Yo que conocí el esplendor de Tréveris
Cuando de su hermana Roma la gloria compartía •
Y la mirada ardiente atenta las filas encontraba
De las ruidosas legiones • en el anfiteatro
Los rubios Francos que luchaban con leones •
Los clarines frente a los palacios ¡y al Dios
Augusto de púrpura en el dorado carro!

Aquí corría el Mosela entre las alegres villas . .
¿Qué alboroto se oía en el festín del vino!
Las doncellas llenas de vida llevaban urnas —
Apenas conozco estas ruinas • la niebla
Lame los restos de los muros imperiales •
Imágenes sagradas yacen profanadas en ataúdes •
Al lado cuevas hechas por los bárbaros . .
Sólo queda en pie mi amado pórtico

Aunque bajo el oscuro crespón de los tiempos
Orgullosa lanza desde cien ventanas su desprecio
Por sus chozas miserables (para ustedes
Escarnio y burla) por sus hombres:
Príncipes sacerdotes lacayos es igual
Larvas arrogantes de mirada mortecina
Y mujeres que un esclavo tendría por rameras —
¿Qué vale todo lo que ustedes enaltecen?

Han perdido lo más noble: la sangre . .
¿Nosotros sombras tenemos más aliento! ¡fantasmas
Vivientes! el mozo Manlius ríe . .
Él rechazaría blandir el cetro sobre ustedes
Él que se ocupó de asuntos tan viles
Que ni ustedes se atreven a nombrar — yo caminaba ungido
Con aromas persas por este pórtico nocturno
¿Y me entregaba a los mercenarios del Cesar!

3.

DIE GÄRTEN SCHLIESSEN

Frühe nacht verwirrt die ebenen bahnen
Kalte traufe trübt die weiher
Glückliche Apolle und Dianen
Hüllen sich in nebschleier

Graue blätter wirbeln nach den grufteu
Dahlien levkojen rosen
In erzwungenem orchester duften
Wollen schlaf bei weichen moosen.

Heisse monde flohen aus der pforte.
Ward dein hoffen deine habe?
Baust du immer noch auf ihre worte
Pilger mit der hand am stabe?

LOS JARDINES SE CIERRAN

La noche temprana confunde los llanos caminos
Enturbia un frío goteo los estanques
Apolos y Dianas dichosos
Se envuelven con velo de niebla

Hacia la fosa grises hojas remolinean
Dalias rosas alhelíes
Que en involuntaria orquesta perfuman
Desean dormir sobre el suave musgo

Ardientes lunas huyeron del portón
¿Era tu esperanza toda tu fortuna?
¿Aún confías en sus palabras
Peregrino con bastón en mano?

4.

WECHSEL

Ich sah sie zum erstmal . . sie gefiel mir nicht:
Es ist an ihr nichts schönes
Als ihre schwarzen schwarzewn haare.
Mein mund berührte sie flüchtig eines tags
Und sehr gefielen mir ihre haare
Und auch ihre hand . .
Es ist an ihr nichts schönes
Als ihre haare – ja – und ihre feine hand.
Ich drückte sie etwas wärmer eines tags
Und sehr gefiel mir ihre hand
Und auch ihre mund.
Heute ist nichts mehr an ihr
Was mir nicht sehr gefiele
Was ich nicht glühend anbetete.

CAMBIO

La vi por primera vez . . ella no me atrajo
No hay nada hermoso en ella
Un día mis labios la tocaron levemente
Y me encantó su cabellera
Y también su mano . .
No hay nada hermoso en ella
Más que su cabellera – si – y su fina mano.
Un día la estreché con más ternura
Y me encantó su mano
Y también sus labios.
Hoy ya no hay nada en ella
Que no me guste en demasía
Que no me guste en demasía
Que yo no adore con fervor.

5.

Trauervolle nacht!
Schwarze sammetdecke dämpft
Schritte im gemach
Worin die liebe kämpft.

Den tod gab ihr dein wunsch ·
Nun siehst du bleich und stumm
Sie auf der bahre ruhn ·
Es stecken lichter drum.

Die lichter brennen ab ·
Du eilest blind hinaus
Nachdem die liebe starb –
Und weinen schallt im haus.

Noche plena de luto
Un manto negro de seda ahoga
Los pasos en la habitación
Donde pelea el amor.

Tu deseo le trajo la muerte ·
Ahora la ves pálida y muda
Recostada en su ataúd ·
Cirios la rodean.

Los cirios se consumen
Sales apresurado ciego
Tras morir el amor –
Y el llanto resuena en la casa.

6.

Als wir hinter dem beblühten tore
Endlich nur das eigne hauchen spürten
Warden uns erdachte seligkeiten?
Ich erinnere dass wie schwache rohre
Beide stumm zu beben begannen
Wenn wir leis nur an uns rührten
Und dass unsre augen ranne —
So verbliebst du mir lang zu seiten.

Cuando detrás del portal adornado con flores
Al fin sentimos nuestro aliento como uno solo
¿Alcanzamos la dicha que habíamos soñado?
Recuerdo que los dos en silencio
Tan sólo al tocarnos con dulzura
Empezábamos a temblar cual débiles ramas
Y que de nuestros ojos brotaban lágrimas —
Te quedaste así junto a mí por horas.

7.

NACHT-GESANG I

Mild und trüb
Ist mir fern
Saum und fahrt
Mein Geschick.

Sturm und herbst
Mit den tod
Glanz und mai
Mit dem glück.

Was ich tat
Was ich litt
Was ich sann
Was ich bin:

Wie ein brand
Der verraucht
Wie ein sang
Der verklingt.

CANTAR NOCTURNO I

Dulce y turbio
Lejano a mí
Márgenes y viajes
Mi fortuna.

Tempestad y otoño
Con la muerte
Resplandor y mayo
Con la suerte.

Lo que hice
Lo que sufrí
Lo que pensé
Lo que soy.

Como un fuego
Que se extingue
Como un canto
Que se pierde.

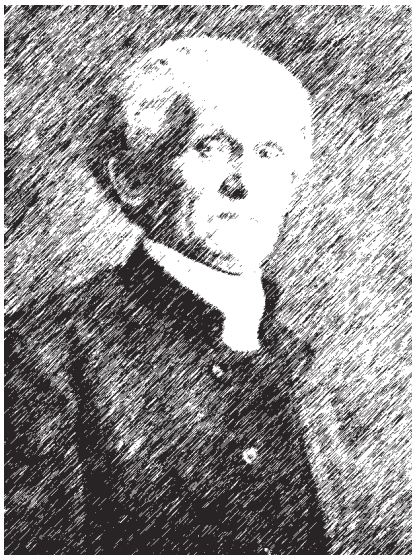
8.

TRAUER III

Dumpf ist die luft – verödet sind die tage.
Wie find ich ehren die ich dir erweise?
Wann zünd ich an dein lich durch unsre tage?
Mir ist nur lust wenn ich in gleicher weise
Eingrabe pracht und trümmer meiner tage-
Bei jedem weg nur meine trauer weise –
Hinschleppend ohne tat und lied die tage.
Nimm nur aus dunst und düster diese weise:
Nimm hin das opfer meiner toten tage!

Pesado es el aire – desolados los días
¿Cómo encontrar glorias que mostrarte?
¿Cuándo prender tu luz a través de nuestros días?
Sólo me alegra sepultar de igual forma
El esplendor y las ruinas de mis días
Por cada senda nuestro solo mi dolor
Arrastrando sin canto ni acto los días
Toma del humo y las sombras esta tonada
¡Acepta como sacrificio mis muertos días!

Curso de Técnicas de Investigación con la Doctora Martha Elena Venier, Maestría en Traducción



VOICES *of Mexico*



Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

Suscripción anual

\$140.00 M.N Tres números/un año

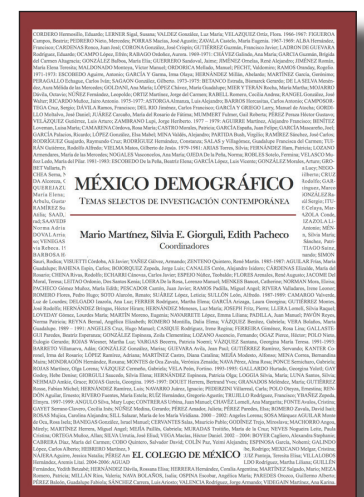
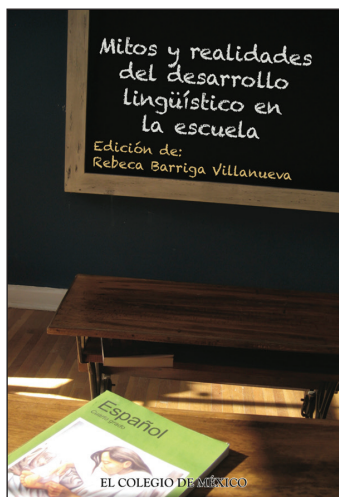
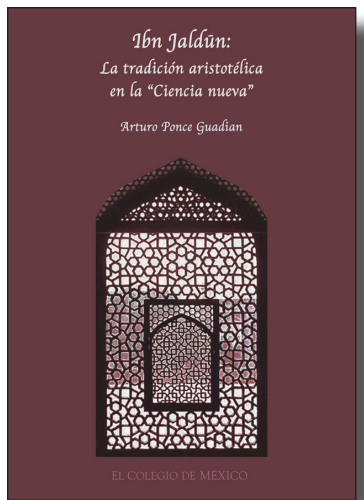
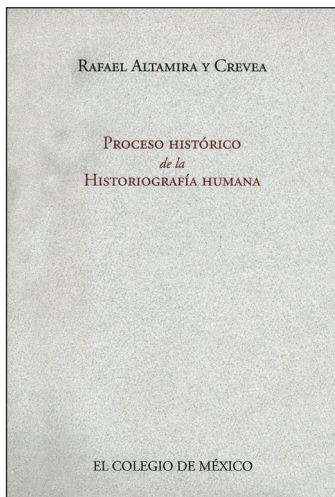
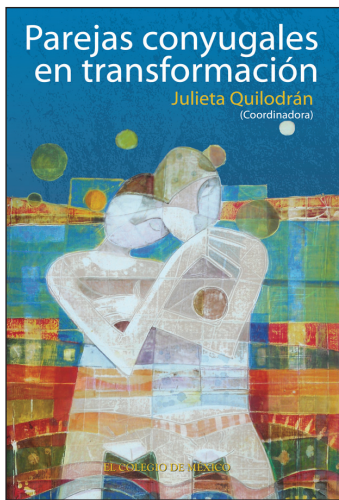
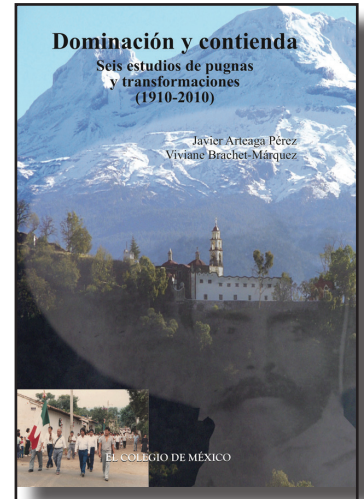
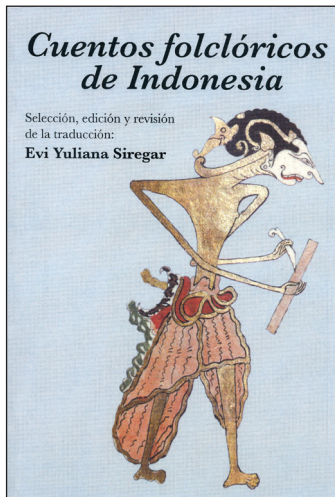
Informes y suscripciones:

Torre II de Humanidades, piso 9
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

Tel. 5623 0246, exts. 42301 y 42299

voicesmx@servidor.unam.mx

NOVEDADES



El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx